

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1860. — Tomo XV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 19. — N.º 366.

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

## SUMARIO.

**El general Fanti**; grabado. — **Escenas marítimas**. — **Revista de Paris**; grabados. — **El hombre mas bobo del mundo**. — **Pepito y Pepita**. — **Apuntes sobre el imperio de Marruecos**; grabados. — **Bombardeo por la escuadra francesa del fuerte de Tetuan**; grabado. — **El doctor Antonio**. — **Coche de gala del emperador de Solo (Java)**; grabado. — **M. Poinsot**; grabado. — **La triangulación de Paris**; grabado. — **Expedición contra los Beni-Snassen**; grabados. — **Juan Palomo**. — **Boletín científico**. — **Puente del Ued-Merdja en las gargantas del Chiffa**; grabado.

la situación actual, en la que se trata sobre todo de contener las pasiones. Fanti se recomienda por la moderación de sus opiniones.

Como jefe de las fuerzas de la liga, Fanti inspira una entera confianza. Representa verdaderamente la autoridad del rey Victor Manuel, que los votos de la Italia han hecho el principal instrumento de la liga. Los patriotas italianos tienen motivos para confiar en las luces y en la sabiduría del general, y las medidas que ha tomado ya para la pronta organización de las fuerzas reunidas, manifiestan su alta solicitud y su vi-

vo deseo de corresponder á esa confianza que ha merecido.

G. M.

## Escenas marítimas.

UN NAUFRAGIO EN ALTA MAR.

(Conclusion.)

A pesar de la poca vela que llevábamos, como que el viento era bastante fresco y la mar se había calmado casi enteramente, anduvimos toda aquella tarde á razón de mas de dos millas por hora.

Llegó la noche, y continuamos lo mismo hasta las doce, sin que los horizontes, á quienes preguntábamos sin cesar por una vela que pudiera socorrernos, respondiesen á nuestra ansiedad.

Yo me sentia algo rendido por las emociones y el trabajo, y era natural que mi pobre niña lo estuviese mucho mas. La supliqué con insistencia que se bajase á descansar, y viendo que se negaba enteramente á dejarme solo, tendí el antejo de noche, aunque sin fruto, en todas direcciones, trinqué la rueda del timon para que el buque siguiese en la misma vuelta si el tiempo no cambiaba, reconocí cuidadosamente nuestro aparejo, y despues de encomendar á Dios la fragata, nos bajamos á la cámara con el pesar interior de tener que abandonar el buque á su propia suerte por espacio de unas horas, exponiéndonos á cambiar de rumbo por cualquier accidente y á desandar parte del camino con tanto trabajo recorrido; pero temí por la salud de mi hija, y ante esta consideración hubieron de ceder todos mis temores y recelos.

Me parece inútil asegurarnos, mis queridos amigos, que el sueño había huido completamente de mis párpados ante la inmensidad de los peligros que nos cercaban, y que espíaba los cortos instantes en que mi hija se quedaba dormida para subir sobre cubierta á examinar el tiempo y la marcha de la fragata. Afortunadamente para nosotros, esta seguía navegando lentamente en la misma dirección, favorecida por el viento.

Poco despues de amanecido, volvimos los dos á nuestras faenas; sondeé de nuevo las bombas, y aunque el

## El general Fanti,

COMANDANTE EN JEFE DE LAS FUERZAS MILITARES DE LA LIGA ITALIANA.

La liga italiana ha comprendido la necesidad de dar á sus fuerzas reunidas una organización regular; el rey ha colocado al general Fanti á la cabeza de las tropas de la Italia central, y le ha confiado la misión de formar un ejército homogéneo.

El general Fanti nació en un pueblecillo del estado de Módena y tiene hoy cincuenta años. Hizo como voluntario la guerra de 1848, y fué encargado por Mazzini de la defensa de Milan. Las circunstancias, mas sin duda que la conducta de Fanti, le hicieron salir mal en su misión.

Despues de la batalla de Novara que terminó la guerra de la independencia, se retiró á España con Ribotti, y vivió como un refugiado. Despues recibió permiso para volver á los Estados sardos, y obtuvo un grado en el ejército del Piamonte. Distinguido por el general Lamarmora y apoyado por este general, Fanti fué destinado para tomar parte en la guerra de Crimea. En esta campaña dió tales pruebas de su capacidad militar, que se granjeó la confianza del rey y del ejército. Así se elevó rápidamente, y en la última guerra de Italia obtuvo un mando importante.

Su carácter y su adhesión á la causa nacional le designaban á la elección del rey para las importantes funciones que llena en este momento en la Italia central. Hombre de orden y de una disciplina severa, era el hombre que mejor conyenía para



MANFREDO FANTI, COMANDANTE GENERAL DEL EJERCITO DE LA ITALIA CENTRAL.

agua había aumentado, era en cantidad muy insignificante para que me inspirase cuidado. Con todo, me puse á picar las bombas en cuanto mis gastadas fuerzas me lo permitieron, sin obtener, como era natural, grandes resultados.

Así se pasaron ocho días que nos parecieron ocho siglos, sin que lográsemos avistar la tierra, sin que apareciese por los horizontes la mas insignificante vela de quien esperar socorro. Nuestras fuerzas y nuestra esperanza se iban agotando por momentos, nuestra salud se quebrantaba de una manera notable, y el buque, á pesar de que yo no cesaba día y noche de picar las bombas, tenía ya ocho pies de agua en la bodega.

En vano reconcí los fondos, apartando mediante desesperados esfuerzos algunos fardos y cajones de la carga ayudado por mi hija; en vano llené de estopa y alquitran las costuras que se hallaban en mal estado, y clavé chapas de plomo y de cobre en diferentes puntos: la avería, ó era general, ó no acertaba á dar con ella, y en vez de cortarse el agua, aumentaba por instantes. ¡Y yo veía el peligro sin poder evitarlo, y tenía que ocultárselo á mi hija! ¡Y esto sucedía estando la mar como un estanque, y sin que la fragata trabajase lo mas mínimo!...

Y sin embargo, la esperanza de encontrar días antes ó despues una costa hospitalaria no nos abandonó un solo momento, mientras el Sur sopló con alguna fuerza, y este sostenía algun tanto nuestras abatidas fuerzas y nuestro espíritu decaído.

Pero amaneció el día noveno; el viento principió á decaer poco despues de la salida del sol, continuó aflojando durante toda la singladura, y á la entrada de la noche nuestras pequeñas velas se hallaban completamente en relinga, y fué preciso arriarlas para que no echasen abajo el aparejo con sus violentas y continuas sacudidas.

Media hora despues estábamos en calma chicha.

¡En calma chicha, mis buenos y queridos amigos! ¡En ese estado de ansiedad que ningún marino puede soportar jamás con paciencia! ¡La fragata sin adelantar una sola braza y á merced de las corrientes que nos apartaban de la costa: los horizontes mudos á todas horas, el agua aumentando á bordo de una manera terrible, mi hija enferma, pálida y extenuada como un cadáver, y yo desfallecido y sin aliento, sostenido únicamente por la fiebre que principiaba á devorarme!

¡Y esta situación angustiosa, prolongada y con síntomas cada vez mas terribles por espacio de tres días!

Por fin, al interrogar en la mañana del cuarto á los horizontes, descubrí con el catalejo, aunque distante, muy distante aun por la parte del O. una fragata que gobernaba á toda vela en vuelta del N.-E. Lancé un grito de alegría, el antejo se cayó de mis manos, y tuve que cogermelo fuertemente á la borda para soportar de pié la impresión que en mí produjo la vista de aquel auxilio que la divina Providencia nos enviaba en lo mas horrible de nuestra adversidad.

Mi pobre niña saltaba de placer, y me abrazaba y besaba en los primeros momentos con un delirio sin igual, y reía y lloraba como si su razón se hubiese extraviado.

Media hora despues la superficie del grande Océano principió á rizarse á impulso de un S.-E. fresquito, que permitía al buque avistado navegar casi en popa cerrada sobre nosotros, aproximando el instante de nuestra salvación.

¡Qué satisfechos estábamos en aquellos momentos! Nuestras fuerzas se reanimaron como por encanto; la esperanza, ó mejor dicho, la seguridad de escapar á una muerte cruel que creíamos inevitable veinte minutos antes, nos hizo olvidar todos los tormentos, todas las penalidades de los días anteriores, y al ver que la fragata venía en demanda nuestra, almorzamos aquella mañana con un placer y un apetito imponderables.

Cuando nos pareció que el buque podía vernos perfectamente hasta desde su alcázar de popa, izé y arrié repetidas veces el juanete para llamar su atención, largué despues en su lugar el pabellon francés, que bajé y subí tambien sin descanso por espacio de algunos minutos y concluí por amorrarlo.

Aunque el buque no contestaba á nuestras repetidas señales, como debía contestar para darnos á entender que nos había visto y que se disponía á socorrernos, no nos causaba por entonces la menor inquietud, porque le veíamos venir sobre nosotros, y á continuar navegando en la misma vuelta, había de pasar muy cerca de la *Jóven Amalia*.

El viento afrescaba demasiado; las olas principiaron á engrosar con una rapidez ascendente, azotado con violencia nuestros costados y manteniéndonos en un balance continuo; los cajones de que se componía parte de nuestra carga flotaban ya en la bodega, y producían un choque espantoso contra los fondos; y sin embargo nada de esto nos inquietaba: el buque solo distaba unas cinco millas, seguía gobernando al N.-E., y nuestra situación, por desesperada que fuese, no podía prolongarse mas allá de una hora por poco que aquel buque anduviese.

Volví á izar y arriar de nuevo nuestra bandera amorronada repetidas veces, agitamos desde la popa una sábana con insistencia, y disparé una tras otra y á muy cortos intervalos cuantas armas de fuego teníamos á bordo sin que la fragata se diese por entendida; pero continuaba acercándose, y era imposible, de todo punto imposible, que dejase de habernos visto, á no venir dormida toda su tripulación, lo cual, como comprendéis muy bien, no era posible.

Aquel silencio principió, amigos míos, á inquietarme de un modo terrible, como si mi corazón presintiese lo que nos iba á suceder.

Aunque el viento nos venía casi de proa y era muy expuesto hacer trabajar á nuestro buque en el estado lastimoso en que se hallaba, salté sobre estas consideraciones que me habían detenido hasta entonces, largué de nuevo la trinquetada y el juanete, y me puse á ceñir con rumbo á la fragata para acortar la distancia.

Pero apenas habíamos emprendido esta maniobra y cuando bastaba media hora, ¡nada mas que media hora, amigos míos! para que los dos buques se encontrasen, vimos con asombro y con un terror difícil de explicar, que la fragata viraba en vuelta del E. sin hacer caso de nosotros.

Pintaros, mis buenos amigos, la impresión que esto produjo en nuestros ánimos, es superior á mis facultades. Mi pobre niña y yo nos miramos un largo rato con espanto y sin poder articular una sola palabra, sin que nuestros ojos derramasen una sola lágrima, sin que nuestros extenuados cuerpos hiciesen el menor movimiento.

Y entre tanto aquel buque, que era nuestra única esperanza, se alejaba mas y mas de nosotros, negando á unos infelices naufragos el auxilio que le pedían, la vida que de él esperaban.

— ¿De qué nación eran aquellos infames? preguntó, encendido el rostro por la ira, el segundo del *Relámpago*.

— No lo sé, mi querido libertador, y aunque lo supiera lo callaría. Aquella tripulación debía estar beoda cuando así nos abandonaba. Verdad es que el viento era duro, que la mar estaba muy gruesa, que nuestro buque se hallaba próximo á irse á pique, que había en fin bastante peligro para las lanchas que viniesen á nuestro costado.

— El marino que tiene conciencia de su deber, le interrumpió el piloto, desprecia el peligro cuando el cielo le presenta una ocasión en que pueda salvar de la muerte á sus hermanos.

— Y sin embargo, hijo mio, aquel buque que debía y podía llenar ese deber sagrado, continuaba alejándose de nosotros desoyendo nuestras súplicas.

Y entre tanto la mar engrosaba horriblemente, el estruendo que producían los cajones en la bodega era cada vez mas espantoso, nuestra proa se hundía por instantes, una racha de viento nos arrebató el aparejo, á tiempo que la fragata desaparecía por completo en vuelta en una cerrazón espesísima.

Mi pobre niña cayó entonces de rodillas levantando sus manos al cielo. La inmensidad de su angustia reanimó un instante mis fuerzas; la cogí delirante en mis brazos, me precipité con ella en la cáhuara é iba á tenderla en su catre, cuando un golpe de mar, rompiendo con horrible estruendo en la popa, me arrojó contra los paños.

Nada sentí, ni vi, ni oí desde aquel momento.

## V.

Apenas había concluido M. de Lionville de referir la historia de su naufragio, dejando á sus amigos que considerasen cual sería el estado de su hija durante las treinta y seis horas que pasó despues en la *Jóven Amalia*, viéndole sin sentido, bañado en sangre y próximo á espirar en sus brazos, cuando un marinero que se hallaba en la cruceta de gavia dió la voz de — ¡vela por la mura de estribor!

El capitán del *Relámpago* cogió el catalejo, miró en la dirección que el marinero indicaba, y todos, pero muy particularmente M. de Lionville, esperaban con impaciencia el resultado de sus observaciones.

— Es una corbeta de bastante porte á juzgar por el aparejo, pues el casco no se descubre aun, dijo aquel entregando el antejo á su segundo.

— Efectivamente, añadió el piloto despues de examinar la vela con detención; y casi estoy por creer que es un buque de guerra.

— ¿En qué vuelta navega? preguntó el anciano.

— Gobierna casi en rumbo opuesto al nuestro.

— ¿De modo que podrá ser un buque europeo que vuelva de las costas de Asia?

— Quizás, contestó el segundo sin abandonar el catalejo, y algun tanto desconcertado por la pregunta de M. de Lionville, que revelaba claramente los deseos que tenía, como era natural, de continuar su viaje á Francia.

— ¿Ha largado su pabellon? continuó preguntando el anciano.

— No; pero ya no tengo duda: es un buque de guerra.

— ¿Y os parece que nos ha visto?

— Es muy probable. Estaremos próximamente á unas diez ó doce millas; navegamos con todo aparejo, y el no habernos visto y examinado ya sería una falta de vigilancia imperdonable en un buque de la marina real.

M. de Lionville tomó á su vez el catalejo, examinó con ansiedad creciente aquella vela, y brilló en sus ojos un rayo de alegría que no trató de disimular.

— ¿Conoceis esa corbeta? se apresuró á preguntar el piloto un tanto sobresaltado.

— Creo que sí, amigo mio, contestó el anciano sin dejar de mirar al buque. Creo que sí, pero temo que la ilusión y el deseo me engañen. ¿Queréis hacerme el favor de mandar que se ize nuestra bandera?

El segundo del *Relámpago*, aunque contristado por

un vago presentimiento y dirigiendo á la jóven francesa, que presenciaba silenciosa aquella escena, miradas de indefinible ternura, se apresuró á complacerle, y dos minutos despues ondeaban en el aire las brillantes franjas del pabellon español.

Del costado de babor de la corbeta se elevó al instante una espesa columna de humo: el estruendo del cañon interrumpió el silencio que reinaba en la atmósfera, y apareció en su popa la bandera francesa.

M. de Lionville tomó de nuevo el antejo y examinó detenidamente el buque francés.

— ¡Es la *Berenice*! exclamó con alegría. ¡Es la *Berenice*! Conozco demasiado la disposición de sus aparejos para que pueda equivocarme. ¿Me haríais, capitán, el obsequio de mandar que se gobierne sobre ella para preguntarla si hace rumbo á los mares de Europa?

— Con mucho gusto, mi querido M. de Lionville, le contestó el jefe del *Relámpago*, dando la orden de orzar sobre la corbeta. Comprendo perfectamente vuestro deseo de abandonar cuanto antes el bergantín.

— ¡Deseo de abandonaros! le repuso el anciano cariñosamente. Os engañáis, amigo mio; lo que deseo es terminar cuanto antes mi viaje y verme á salvo en Marsella con mi querida hija, para no pisar jamás el Océano.

— ¿Pero ese buque?... principió á preguntar el jóven piloto, abrigando aun la esperanza de que la corbeta no se dirigiese á Francia.

— Es uno de los mejores que tiene la marina real en su clase, le interrumpió el anciano. Conservo íntimas relaciones de amistad con su comandante, que ha servido muchos años á mis órdenes, y si hace rumbo para Europa, iremos á su bordo perfectamente y con toda seguridad.

El jóven volvió la cara para ocultar una lágrima que rodaba por sus mejillas.

— La ausencia, amigo mio, prosiguió el anciano cogiéndole y apretándole afectuosamente la mano, será corta. El *Relámpago* terminará pronto y con felicidad (así lo espero y se lo pido á Dios al menos) este viaje, y os cito para mi casa de campo de Marsella al cuarto día de vuestro arribo á Barcelona. Iréis, ¿no es verdad?

— Iré, contestó el jóven pudiendo apenas contener las lágrimas ante la idea de vivir medio año separado de la mujer que tanto amaba, y de perderla quizás para siempre.

— ¿Al cuarto día sin duda?

— Sí... sí... Y el jóven marino, con el pretexto de guiar la marcha del buque, huyó á ocultar su desconsuelo y su turbación, y quizá á dar rienda suelta á su llanto al extremo de la toldilla.

— ¡Pobre jóven! exclamó en voz baja M. de Lionville. ¡Qué amor tan entrañable le ha inspirado mi hija, y cómo le adora ella tambien!

El bergantín seguía entre tanto navegando al encuentro del buque francés, que gobernaba tambien en demanda del *Relámpago*, disminuyendo así por instantes la distancia que los separaba.

Diez minutos despues se hallaban á la vez y uno y otro se pusieron al páiro.

El piloto, algun tanto repuesto de su emoción y animado por las benévolas palabras que el marino francés le había dirigido, y mas aun por la cita que con tal insistencia acababa de darle, entregó á este la bocina.

— ¡Oh de la *Berenice*! gritó M. de Lionville en francés.

— ¿Qué dirá? preguntó en buen castellano el comandante de la corbeta.

— ¿Haceis rumbo á los mares de Europa?

— Sí por cierto.

— ¿Y á qué puerto, M. de Perronet?

Al oír este que le llamaban por su apellido, tomó el catalejo, examinó cuidadosamente á su interlocutor, y dió á conocer por la alegría que se pintó en su semblante, el placer que le causaba tan inesperado encuentro. Tomó entonces de nuevo la bocina, y se volvió sobre el coronamiento de popa.

— A Tolon, mi querido M. de Lionville.

— Pues hacéme el obsequio de permanecer unos momentos mas al páiro, mientras echamos al agua la lancha, porque necesito hablaros.

— No os molesteis, amigo mio: yo pasaré á vuestro bordo.

La lancha principal de la corbeta fué arriada al instante, y diez minutos despues los dos marinos franceses se abrazaban cordialmente sobre la cubierta del bergantín, y bajaban cogidos de la mano á la cámara, cediendo á las súplicas del capitán.

El piloto se acercó entonces á su amada, que se había arrimado á la borda dando la cara al mar para ocultar las lágrimas que bañaban su rostro angelical y los violentos latidos de su corazón.

— ¡Te vas, hermosa mía! la dijo tomándola apasionadamente la mano. ¡Te vas, y quizás te pierdo para siempre!

— ¡Cómo! le interrumpió la jóven entre afectuosa é indignada. ¿Dudas por ventura de mi amor? ¿en donde quiera que me halle mi pensamiento estará siempre contigo.

— ¿Siempre? la preguntó lleno de emoción.

— Siempre; y si fueras capaz de ponerlo en duda por un solo instante, me avergonzaría de haberte amado. El cielo nos separa por unos meses, pero nos veremos pronto en Marsella, y entonces...

La llegada de M. de Lionville y del capitán Perronet interrumpió este amoroso coloquio.

Se había resuelto que los dos naufragos se embarca-

rian en la *Berenice*, y ocuparían la cámara del comandante, que este les cedía gustosísimo.

Mientras se trataba á la lancha su equipaje, el anciano se empeñaba inútilmente en ofrecer á la valiente y generosa tripulación del bergantín español una recompensa digna del beneficio y del hospedaje que se le había dispensado, y solo despues de reiteradas instancias y echando mano de la influencia que sobre aquellos bravos marineros ejercía su capitán, logró que admitiese cada uno de esos recuerdos que el hombre mas escrupuloso no puede rehusar, sin ofender al que se lo ofrece, y mas si á ello le impulsa un deseo tan noble como el que impulsaba al marino francés.

Satisfecho ya su deseo, y despues de despedirse del capitán, se acercó al joven piloto, que se hallaba en un ángulo de la toldilla dando el último adiós á su amada.

— Y en cuanto á vos, mi querido libertador, le dijo sacando de uno de sus bolsillos un libro en octavo lujosamente encuadernado y sujetas sus hojas con dos broches de oro guarnecidos de gruesos brillantes, deseo que admitáis este libro, que lo tengáis cerrado hasta que se haya perdido de vista la *Berenice*, que le conservéis siempre sobre vuestro noble corazón, y que leáis en él todos los días hasta nuestra entrevista en Marsella.

El segundo del *Relámpago* recibió aquel recuerdo con señales de la mas entrañable gratitud, y sus lágrimas mal contenidas hasta entonces, bañaron su tostado semblante.

Comprendiendo el anciano cuánto amor, cuánta ternura, cuánto sentimiento expresaban aquellas lágrimas, le tendió los brazos con el cariño y la efusión de un padre: tomó despues con precipitación la mano de su hijo, y se dirigió al portalón de babor, en cuya inmediación se habían agrupado para despedirse desde el capitán hasta el último grumete del bergantín.

Al llegar á la lancha que iba á separarle de aquel generoso equipaje que le había libertado de una muerte tan cruel como inevitable, cogió de nuevo la mano del piloto, la oprimió con fuerza entre las suyas, y le dijo volviendo el rostro á la mar para ocultar sus emociones:

— ¡Hasta Marsella!... ¡Hasta Marsella!

— ¡Hasta Marsella! le contestó el joven con voz ahogada por los sollozos.

La señorita de Lionville daba rienda suelta á su llanto sentada en el banco de popa, y su seno se agitaba de una manera cruel.

Si el joven piloto abrigase entonces algun recelo sobre el amor y la constancia que aquella mujer le había jurado, sus lágrimas y su sufrimiento eran bastantes á tranquilizarle completamente.

A la voz de — ¡larga y hala! — dada por el capitán Perronet, la lancha arrancó á todo remo, y algunos minutos despues pendía otra vez de los pescantes de popa de la *Berenice*.

Los dos buques continuaron su viaje en opuestos rumbos.

Mientras la distancia lo permitió, no cesaron de agitarse á cada instante pañuelos blancos en sus alcázares de popa.

Cuando se perdió tras la curva cada vez mas entrante que forma la superficie de los mares el casco de la *Berenice*, el joven piloto se subió á la cofa mayor, poco despues á la cruceta de gavia, y por fin á la de juanete, ansioso de ver por el mayor tiempo posible el buque que le llevaba su amor.

Este desapareció por completo á las dos de la tarde.

Cuando al enfilar el marino por última vez su catalejo en direccion al cuarto cuadrante, no vió en torno del *Relámpago* mas que la inmensidad del Océano y la azulada atmósfera que le cubría y limitaba por todas partes, estuvo á punto de desfallecer. Pero su tripulación le observaba, y ante la consideración de que no se le tuviera á bordo por pusilánime, ahogó en el pecho sus pesares y descendió del palo con la agilidad de un bu n marino, aparentando una tranquilidad tras la cual el ojo mas experto no hubiera leído los tormentos que destrozaban su corazón.

Despues de dar algunas vueltas sobre cubierta y de anotar en el diario de navegación el encuentro de la *Berenice* y los sucesos que á él se siguieron, bajó á su cámara y abrió el libro que M. de Lionville le había regalado.

Esta preciosa obra se componía únicamente de tres hojas de marfil separadas entre sí por dobles hojas de raso azul celeste.

El piloto descubrió palpitando de emoción la primera, y brilló en sus ojos una lágrima inexplicable.

Contenia el retrato de M. de Lionville.

Descubrió la segunda, y su placer y su emoción fueron en aumento.

Tenia á la vista el retrato de una mujer hermosa, que parecía tener unos cuarenta años de edad, que si bien le era desconocida, la semejanza que halló entre aquellas facciones y las de su querida, le dió á conocer que era la esposa del anciano.

Al descubrir la última, se le escapó un grito de asombro, sus labios la cubrieron de besos, y sus ojos se extasiaban contemplando la imágen de la hermosa criatura por quien suspiraba de amor.

¿Qué mas podía desear entonces el afortunado marino? ¿Podía haber elegido M. de Lionville un medio mas ingenioso y delicado para darle á entender cuál era el porvenir que le aguardaba?

El anciano le había rogado que leyese en aquel libro todos los días que durase su ausencia; y aunque en

este momento abandonemos el *Relámpago*, deseándole que continúe y termine su viaje con tiempos bonancibles y mar bella, podemos asegurar á nuestros lectores, aunque ellos lo supondrán sin necesidad de nuestra aseveración, que el piloto satisfizo puntual y religiosamente los deseos del anciano.

Se pasaron ocho meses.

Estamos en una hermosa tarde del mes de agosto y en la puesta del sol que desaparecía sin la mas ligera nube que ocultase su inflamado y brillante disco en las aguas del golfo de Lion.

En un elegante cenador situado al extremo del jardín de una hermosa quinta, distante media legua escasa de Marsella, se hallaban sentados el anciano M. de Lionville y su hija, mucho mas bella, mucho mas seductora que cuando la dejamos á bordo de la *Berenice*.

A la izquierda del marino francés estaba sentado tambien un joven, abarrotado de felicidad, como diría un hombre de mar, hasta las bocas de escotilla.

Era el segundo del *Relámpago* que había recibido dos días antes en premio de su acción generosa la mano de la señorita de Lionville.

BALDOMERO MENENDEZ.

### Revista de Paris.

El baile dado en la Opera á beneficio de la caja de las pensiones de retiro de los artistas y de los empleados del teatro ha estado muy brillante. La afluencia de gente ha sido superior á lo que se esperaba. Muchas personas se quedaron sin poder entrar y con el billete en la mano. Sin duda se consolaron con la idea de que habían hecho una obra de caridad al retirarse á sus casas.

Unas diez mil personas tomaron parte en esta fiesta; había puntos en la sala en que todo movimiento era imposible y la concurrencia se hallaba condenada á la inmovilidad mas completa. Pero tal es el gusto de Paris; cuando no se sale de un salon estrujado y molido se dice que la fiesta no valía gran cosa.

De todos modos no ha habido que lamentar ninguna desgracia, lo que casi es de extrañar con un gentío tan inmenso.

A eso de las dos de la mañana habían salido ya bastantes personas para que las demás pudieran moverse y reconocerse. El baile ofreció desde entonces un curioso aspecto; había allí notabilidades de los géneros mas distinguidos, tipos muy notables, y algunas de las bellezas parisienses.

La rifa, que era el interés principal de la fiesta, se había sorteado á la una, y los artistas de la Opera que todos habían tomado billetes y se encontraban en la fiesta, fueron favorecidos por la suerte. Entre los mas privilegiados, se citan dos bailarinas y un músico de la orquesta.

El hermoso cuadro de Ary Scheffer dado por el rey de los belgas, le tocó al hijo de un antiguo cantante, joven que desempeña un empleo de mil quinientos francos en las oficinas de la administracion de la Opera.

Dicen que le han ofrecido treinta mil francos por su cuadro; en su posición es una fortuna.

Ha pasado el famoso día de Año nuevo con su correspondiente cortejo de regalos, felicitaciones y visitas. La fiesta exterior ha sido como siempre; la única novedad es que se había proyectado un modelo para las tiendas de los bulevares; pero el proyecto no se ha realizado por este año.

Tambien consagramos un dibujo al concierto dado en Florencia á beneficio de la suscripción nacional para la compra de un millon de fusiles propuesta por Garibaldi. Hé aquí algunos párrafos de la correspondencia que acompaña al envío de este dibujo:

«En la noche del 4 de diciembre ha habido en Florencia una manifestación del sentimiento nacional que agita á la Italia actualmente. Habíase anunciado un concierto á beneficio de la suscripción propuesta por Garibaldi para la compra de fusiles, y el teatro de Pagliano fué invadido mucho antes de comenzar la función por una inmensa muchedumbre. En el concurso sobresalían las mujeres por sus elegantes prendidos; todas las localidades se habían tomado por asalto. Ahora es preciso decir que independientemente de su objeto patriótico, el concierto ofrecía grandes atractivos, pues tomaban parte en él la Piccolomini, el tenor Gardini y la Witthy, soprano de muchas esperanzas.

» Se empezó con la sinfonía de *Guillermo Tell*, que fué muy aplaudida. Al fin de la primera parte, la Piccolomini con la faja de los colores italianos y las armas de la casa de Saboya se adelantó en el escenario, á la sombra digámoslo así de dos banderas con los tres colores, verde, blanco y encarnado, y cantó admirablemente el himno á la Cruz de Saboya.

» Desde el primer verso (Come bella, o argentea croce), la artista excitó una profunda emoción en el auditorio; pero la exaltación llegó á su colmo en el momento en que cogiendo la bandera dijo con una expresión de energía imponderable:

» E Venezia, — in riva al mare  
» Siede, guarda, et al cielo si duole,  
» E conforto aver non vuole,  
» Perchè figli più non ha.

» (Venecia sentada á la orilla del mar, mira y se queja al cielo; rechaza todo consuelo, porque ya no tiene hijos...)

» Todos los espectadores alzaron los brazos, y los aplausos, los vitores y los trasportes de un entusiasmo indecible reso-

naron atronadores en la sala. El efecto de esta grande escena llenó de lágrimas todos los ojos; fué como una expansión del sentimiento de la independencia y de la unidad nacional que se encierra en todos los corazones italianos. Las palabras del *Canto alla Croce di Savoia* son de José Carducci, y la música del maestro Florentino Romani.»

Habiendo pasado ya el primer día del año, no hay pretexto para que continúen cerrados los salones parisienses. Así sucede que por todas partes se anuncian las inauguraciones, y á juzgar por las primeras fiestas, el invierno será brillante. Ya se habla de bailes en Tullerías y de una gran fiesta en el Hotel de Villa en honor del congreso. Tambien se piensa en bailes de máscaras.

A pesar de esto todavía hay personas que viven en el campo. Sin duda tienen para ello sus razones, pero tambien son muchos los inconvenientes que resultan de esta prolongación extraordinaria de la temporada de verano. Uno de los inconvenientes que señala M. E. Guinot en esta crónica nos parece digno de señalarse.

El vizconde de X... es uno de esos hombres económicos que practican lo menos posible la existencia parisiense, y que por huir del día fatal de Año nuevo, no regresan á Paris hasta mediados del mes.

Con mucho trabajo ha podido lograr que su mujer se resignara á sufrir esa larga residencia en el campo, tanto menos agradable, cuanto que viven encerrados en una casa aislada bastante triste, lejos de toda población grande, y cerrada á las visitas bajo el pretexto de que la hospitalidad cuesta cara.

Despues de haber combatido vanamente la voluntad de su marido, la vizcondesa aunque cedió, porque no podía pasar por otro punto, se reservó el derecho de protestar continuamente contra su esclavitud por medio de sus murmullos y sus quejas.

Sin embargo, este año ha querido procurarse una distracción en su vida monótona, á fin de llenar el vacío de sus largos ocios. Una idea que jamás se le había ocurrido en Paris, le fué sugerida por el aburrimiento, que es el mas pérfido de todos los consejeros: la vizcondesa se propuso escribir una obra literaria.

Dicho y hecho: tomó la pluma apelando á todos los recursos de su imaginación y de su talento. Desde entonces las horas no la parecieron tan pesadas, y en el ardor de la composición hasta se llegó á olvidar de su destierro.

El marido se felicitó al ver que su mujer estaba resignada á pasar en el campo el tiempo que él quería; pero cuando supo que se ocupaba en cosas de literatura, frunció el ceño: no le gustaba que su nombre corriera por el público.

No obstante, se tranquilizó pensando que su mujer escribía con el único objeto de distraerse, y se prometía que estaría dotada de bastante sensatez para no volar en pos de la gloria.

La vizcondesa que no ocultaba lo que estaba haciendo, le notició que escribía una comedia en cinco actos; y cuando la obra estuvo concluida, preciso fué que el marido oyera su lectura repetidas veces, pues había que hacer cambios y correcciones, y cada vez el juez se hallaba condenado á oír de nuevo la pieza desde el principio hasta el fin. Le pedían modestamente que manifestara su opinión; pero al cabo el vizconde queriendo cortar aquellas pruebas, declaró que no podía indicar ya cambio ninguno, y que la obra le parecía perfecta.

— En ese caso ¿crees que tendrá un buen éxito en la representación? preguntó la vizcondesa.

— ¡Cómo! ¿te se ha ocurrido hacerla representar?

— Seguramente; ¿para qué otra cosa se escriben las comedias?

— No hay duda que para eso se componen; ¿de modo que quieres lucirte este invierno?

— El público decidirá.

— ¡Oh! Será un público indulgente.

— ¿Cómo, pues?

— El público de los salones no puede inspirar á un autor la menor zozobra.

— ¡Qué idea! ¿Con que te figuras que yo haré representar mi comedia en un salon?

— ¿Pues dónde?

— ¡Buena está la broma! ¡Una comedia como la mia!... No, amigo mio, no; la llevaré al Teatro Francés, ni mas ni menos.

— ¡Qué locura!

— ¿Te parece que no es digna del Teatro Francés?

— Yo no digo eso; el mérito de la obra es incontestable; pero tú no has pensado en las muchas dificultades que hay que vencer para que sea aprobada y puesta en escena.

— Lo sé; conozco que habrá que dar muchos pasos para conseguirlo; pero ese es trabajo tuyo.

— ¡Yo mezclarme en eso!

— Supongo que no te negarás á hacerme ese favor que te pido encarecidamente. Esta pieza compuesta en los largos meses que me haces pasar aquí, debe recordarte que yo me sacrifico á tus gustos; me parece que en cambio de esto, ya puedes servirme.

— No me falta la buena voluntad, amiga mia, pero francamente, no me creo con la suficiente habilidad para cumplir con una misión tan escabrosa.

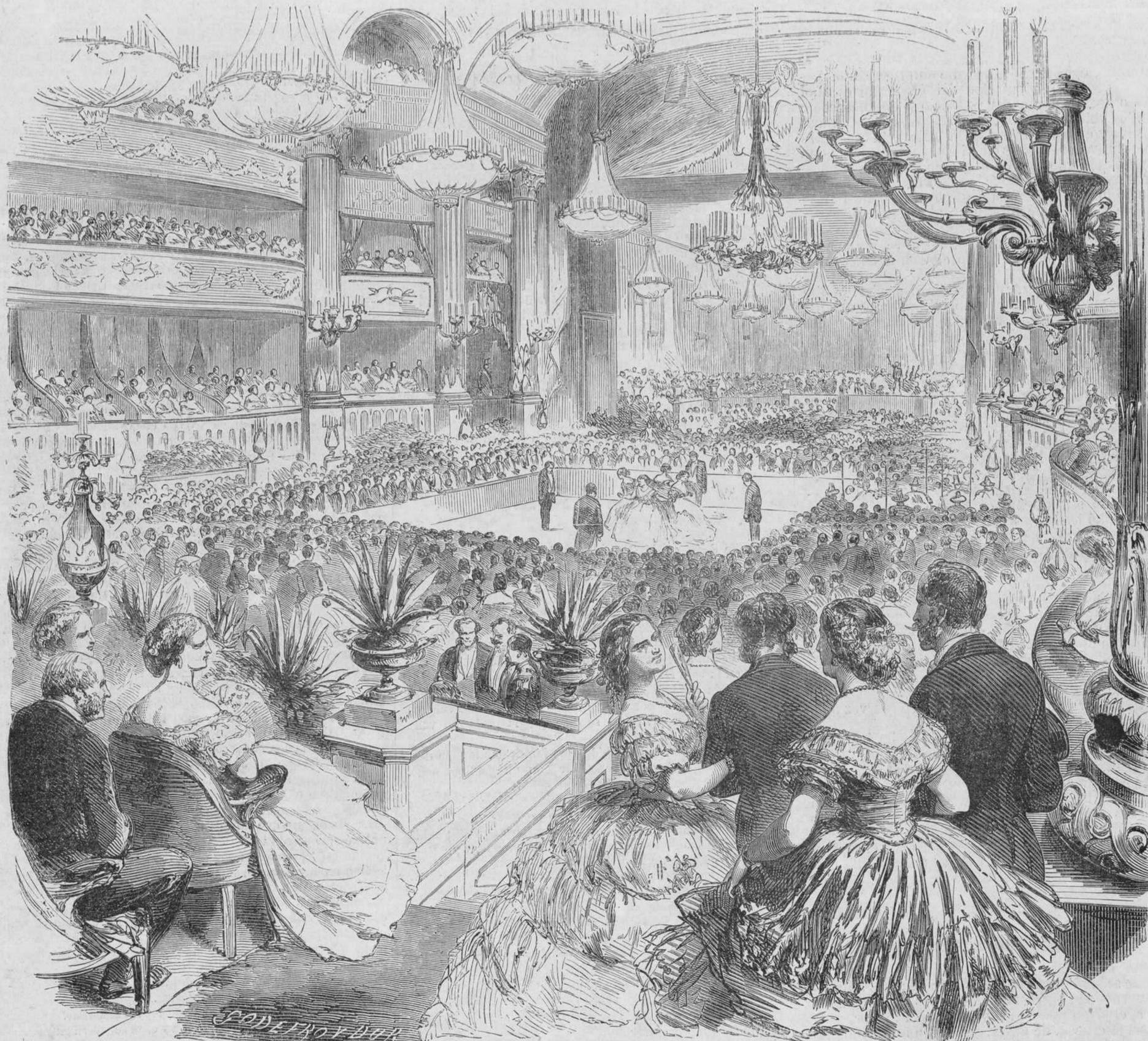
— Yo te guiaré; confía en mí, y no tendrás mas que ejecutar puntualmente mis instrucciones.

El vizconde se resistió un poco todavía, pero en vano; su mujer le dijo para animarle:

— Lo que cuesta á un autor es hacer representar su primera obra; las demás se aprueban y se representan sin ningun tropiezo.

— ¡Las demás! exclamó el marido consternado; ¿piensas escribir otras?

— Ya trabajo en la que ha de seguir á esta, y tengo el plan de otras dos. Tambien hablaremos de mi novela que está ya bastante adelantada, y que te hará correr un poco á ver editores, periodistas, etc.



BAILE DADO EN LA OPERA A BENEFICIO DE LA CAJA DE PENSIONES DE RETIRO DE LOS ARTISTAS Y EMPLEADOS DE ESTE TEATRO. Ejecucion de la Contradanza imperial por los artistas de la Opera.



SORTEO DE LOS PREMIOS DE LA RIFA EN EL BAILE DE LA OPERA.



MODELO DE LAS TIENDAS PROYECTADAS PARA LOS BULEVARES, con motivo de la fiesta del dia de Año nuevo.



LOS PREMIOS MAYORES DE LA RIFA DEL BAILE DE LA OPERA

El vizconde acaba de llegar á Paris con su señora, y ha confiado á varios amigos los pormenores que anteceden, que le ponen en grandes cuidados

Hé ahí lo que cuestan las economías de una larga residencia en el campo. La vizcondesa se ha vuelto escritora, y él tiene en perspectiva todos los cargos y todas las tribulaciones

á que está sujeto el marido de una mujer que trabaja para teatros y para editores.

MARIANO URRABIETA.



CONCIERTO DADO EN EL TEATRO DE PAGLIANO, EN FLORENCIA, á beneficio de la susericion nacional para la compra de un millon de fusiles propuesta por Garibaldi. — La Piccolomini cantando el Himno á la Cruz de Saboya.

## El hombre mas bobo del mundo.

CUENTO MORAL

POR DON JOSÉ RODRIGUEZ Y SEOANE.

Cuando quiero que me divierta algún tonto, no tengo que buscarle lejos: me estudio á mi mismo.

CICERON.

## I.

Limpiando el polvo de parduscos libros, hojeando doctores, padre-nuestros, reverendísimos abades y eruditos licenciados, en rústica ó en pergamino, en folio ó en cuarto mayor, tropezó mi buena suerte con un desvalido y maltratado tomo de *Pláticas pulpítables*, que si su elocuente desventura no lo declarase, el título bastaría á señalarle como procedente del enmarañado período de la *culta latini-parla*, del tiempo de los logogrifos literarios en que por chuscada se decía: — Está el cielo hecho un Góngora de oscuro.

Toméle entre manos por via de pasatiempo, caminando con precaucion para no hundirme en tales y tan cavernosas profundidades de estilo, é implorando el auxilio de *Fray Gerundio de Campazas*, látigo de malos predicadores, llegué á leer una historia, no sé si tomada del *Espejo de ejemplos* ó del *Flos sanctorum*.

Pero la verdad es que en medio de aquella balumba de metáforas y retruécanos, de citas y latinajos, yacia olvidado un precioso cuento, desnudo de perifollos retóricos y parco en colorines de estilo, que cual camino descubierto en intrincado bosque, alegró mi vista fatigada de leer jerigonza que tan alto probaba hasta qué punto se pervierte el gusto.

Sí, lector: en dos carcomidas hojas destinadas tal vez á morir de mano airada en una botica ó perecer víctimas del aseo doméstico de alguna ama de llaves; en dos hojas de papel, sucio y mal impreso, lei un argumento de novela, mejor dicho, el fondo de una epopeya, acaso la trama en que ha de descansar el poema del siglo XIX.

Tratábase nada menos que de hallar el hombre mas bobo del mundo, materia vastísima, trabajo inmenso que daría por resultado un libro palpitante, dramático, terrible, forrado con la piel de la humanidad y escrito con la sangre derramada en cincuenta y ocho siglos.

## II.

No recuerdo quién dijo, que si los tontos tuvieran alas, en tres años no veríamos el sol.

Tan convencida de esta verdad debe estar la Biblia, que cuando habla de ellos, lo hace en un tono inspirado. Puede asegurarse que los tontos han dado pié para las mas grandes bellezas literarias del libro por excelencia.

Oidle.

El hijo sabio es la alegría de su padre. Pero el necio es su desconsuelo.

Los tontos desprecian la sabiduría y la enseñanza.

Aprovecha mas la simple correccion al prudente, que cien azotes al necio.

*Stultorum infinitus est numerus.*

La risa del necio se parece al sonido de las espinas que arden bajo la olla.

Es preferible sufrir la arena, la sal, el peso del hierro, que no al hombre imprudente, fatuo ó necio.

Hasta aquí la Biblia

Todas las literaturas, todas las naciones, todos los hombres célebres tuvieron su piedra para arrojar al tonto.

Y sin embargo, los necios viven, crecen y se multiplican. Parece que de antaño les viene el privilegio de obedecer mejor que nadie el santo precepto de: Creced y multiplicaos.

## III.

En un rincon del mundo, tapado por las nieblas casi siempre, y olvidado por los geógrafos en sus descripciones del universo, gozaba de cabal salud un alegre viejo que encubria sus ochenta y cuatro navidades bajo la fe de una cara risueña y el esmero de un traje atildado y pulcro, cuya conservacion corria á cargo de una anciana y molletuda ama de gobierno.

Con rentas largas, tranquilidad de espíritu, dinero á pedir de boca y excelente salud, el buen viejo se daba vida de príncipe, dormía interminables siestas, comía con apetito, y no se le daba un comino por rey ni por roque, por tirtios ni troyanos.

Pero héteme aquí que de repente nubes de melancolía envuelven la existencia del anciano.

La trabajadora Nicolasa, la incomparable ama de llaves, ve con ojos espartados que el apetito de su señor va desapareciendo, los manjares vuelven intactos de la mesa á la cocina, el alegre viejo se torna mohino y taciturno, aflaja en su afición al paseo, y pasa los dias encerrado en su biblioteca sin dignarse calmar la inquietud de la sexagenaria.

— Aquí hay gato encerrado, se dijo esta una tarde, encaminándose de puntillas á atisvar por el ojo de la llave. ¿Qué demonios tendrá que hacer en la librería?

— ¡Está leyendo! exclamó con creciente admiracion al distinguir á su amo sentado en una poltrona y abismado en profundas meditaciones, con un libro entreabierto sobre las rodillas.

— Leyendo: ¿y á qué vendrá tanto leer? Pues á fe que el señor jamás se la echó de sabihondo. ¡Ah! Bien dicen que los viejos son dos veces niños.

Como el tiempo tiene piernas ligeras, pasaron dias, y el anciano quedó delgado como un alambre.

Nicolasa tuvo miedo de que el primer dia se ahorease echándose los brazos á la garganta. ¡Tan flexibles se iban poniendo!

— Señor, se atrevió á decirle un dia, Vd. por lo visto tomó el partido de morir sin permiso de Dios ni de los santos, y va á salirse con la suya. Si no muda de vida, estamos mal. Por de pronto yo me marcho de casa, no quiero ser cómplice de un suicidio. Aquí antes acostumbáramos comer y pasear: ahora se ayuna y se está quieto. Pues yo, señor, no desconfío tanto de mi salvacion que quiera meterme á criada de un anacoreta.

El viejo oyó sin pestañear la alocucion, y metiéndose las manos en los bolsillos, dió media vuelta y se largó sin decir palabra.

— Y aun aseguran que al que hace bien le vuelve Dios ciento por uno: ¡y á mí me vuelven las espaldas!

La pobre Nicolasa lloró, porque la ingratitud es un bofetón que casi siempre arranca lágrimas.

Tres dias despues de este lance, el señor preparó la maleta, sacó pasaporte, se despidió de todos y tomó el tole para el otro mundo.

Noticias exactas del viaje no las hubo. Sin embargo, parece que la travesía fué rápida, mas rápida que la trasmision de un despacho telegráfico.

Hoy es el dia en que se ignora su paradero: quiénes dicen que para en la zona torrida del Purgatorio, y quiénes que en el celeste Imperio. Averigüelo Vargas.

Pero el caso es que los herederos presuntos le mandaron cantar un entierro muy solfeado, y que Nicolasa lloró de veras á su amo.

— ¡Ay! decía, el difunto era muy terco; si como se le antojó morir de hambre, se le pusiera en los cascos morir de parto, estoy segura que triunfaba de todos los obstáculos.

## IV.

Abrióse el testamento en la biblioteca del finado.

Este curiosísimo papel dió mucha luz sobre las verdaderas causas de su muerte.

Abusando de la confianza del notario vamos á trasladar sus párrafos mas notables.

«¿Quién no tiene orejas de asno? preguntaba Persio en un arranque de despecho filosófico.

» Hé ahí la pregunta que introdujo desasosiego en mi espíritu y perturbacion en mi tranquila vida.

» Las palabras del poeta latino me hicieron comprender que estaba en un mundo de tontos; que giraba en derredor mio una cadena de necios, que yo necio tambien, era el centro sobre que se movian todos ellos, y que nunca es el hombre mas tonto que cuando se empeña en parecer sabio.

» Intenté entonces una clasificacion de los tontos, y mis esfuerzos se estrellaron contra su número y variedades infinitas.

» Sabia que entre los varios inconvenientes de la necedad, no debia olvidar este: que siempre comienza á vivir.

» Estaba convencido de que el necio nada necesita, pues nada sabe usar; pero en cambio carece de todo. Los tontos trabajan en su propio fastidio.

» ¿Cuál es empero el distintivo del tonto? Horacio me decía: «(Que querer dañar y no poder.»

» Pero esto no me bastaba. Cuanto leia sobre el objeto de mis meditaciones, me parecia incompleto, contradictorio, oscuro, infructuoso.

» Entonces llegué á convencerme de que en todas las literaturas habia una página casi en blanco, destinada a encerrar la historia de los tontos.

» Divisé en lontananza la inmortalidad para mi nombre, si conseguia llenar aquella página.

» Mas decaian mis fuerzas, flaqueaba mi débil naturaleza, y el espíritu se sobrecojia ante tamaña empresa.

» Porque formar la estadística exacta de los tontos, seria saber á punto fijo la poblacion del universo.

» Si los tontos no consiguiesen pasaporte para viajar, las empresas de diligencias y ferro carriles quebrarian. Si se les antojase andar desnudos, los sastres cerrarian sus talleres; si se decidiesen á gastar uniforme, el mundo se convertiria en un inmenso cuartel.

» Pues bien, mi resolucion es irrevocable; echaré los cimientos de esa obra gigantesca.

» Declaro del modo mas solemne heredero de mi fortuna, que no bajará de un millon de libras esterlinas, al hombre que aparezca ser y en verdad sea el hombre mas bobo del mundo.

» Encontrado este, tendremos la primera letra del alfabeto de los tontos, el último grado del termómetro de la necedad, y partiendo de un punto conocido, la gradacion es fija, el estudio posible, las divisiones fáciles y el resultado favorable.»

## V.

Si os acordáis, lectores, de que el difunto vivia en un paraje nebuloso, y dejaba su herencia en libras ester-

linas; si parais mientes en la originalidad del testamento, ¿adivinareis en qué nacion pasaron estas cosas? Pues es claro; en Inglaterra: inglés tenia que ser tan excéntrico testador, porque de casta le viene al leopardo el ser maniático.

Nicolasa parecia deshacerse en lágrimas y suspiros, cuando en un elocuente codicilo oyó leer un cuantioso legado de su amo.

Siguió llorando algunos dias mas; se vistió de luto rigoroso, y al fin, como los duelos con pan son menos, se le ocurrió una idea muy ingeniosa.

¿Porqué la herencia del señor ha de pasar al hombre mas bobo? ¿Hay criatura mas tonta que la mujer en este mundo?

La severidad inglesa no admitia interpretaciones. Los albaceas se echaron por esos andurriales á caza de bobos, y de zeca en meca, hoy en Paris, mañana en Flandes, pasando la pena negra en caminos y carricoches, anduvieron como papa-moscas las cuatro quintas partes de la tierra, sin haber dado con la piedra filosofal que buscaban.

Ahora van á ver Vds. lo que les sucedia.

Encontraban, por ejemplo, un pacientísimo marido, que dejaba á su mujer ir del brazo de un amigo, mientras el santo baron jugaba con una *turba multa* de chiquillos, que en el registro parroquial constaban por hijos suyos.

— Es imposible que haya hombre mas tonto, decian los albaceas, y casi se disponian á entregarle la herencia.

Pero nunca faltaba un soplon que les arredrase de su propósito.

— ¡Qué disparate van Vds. á hacer! Si ese marido es un tuno de á folio, que holgazaneando pasa la vida regaladamente á cuenta de los tontos que galantean á su mujer. Es feliz, nada le falta, nada le pide su mujer...

Los albaceas tomaban entonces desesperados el portante.

Y en todas partes encontraban tontos: los vieron con grandes cruces, con coches, con caballós: los conocieron en el poder, siendo el ídolo de la muchedumbre, y en todos los estados, en todas condiciones habia bobos que cubrian su cabeza ó con tiara, ó con mitra, ó con bonete, ó bien con morrion, casco, sombrero apuntado ó borlas de doctor.

Pero ¿cosa rara! en el fondo de todas las tonterias habia un principio de egoismo, lo cual probó á los testamentarios que la necedad es un capital que el hombre emplea muchas veces como altamente productivo.

Así es que nuestros viajeros tomaron la vuelta de Inglaterra, y mejoraban á cada paso el mal concepto en que tenian á la raza humana.

Comprendian que los tontos fingien una enfermedad de la inteligencia con el mismo designio que los mendigos se abren voluntariamente llagas.

¡El interés! — Hé ahí la varita mágica que hace bobos á los hombres.

Sobre este polo gira la máquina social, y en la humana mascarada, por mas que varien caretas y disfraces, su frío y desnudo esqueleto aparece bajo todas las trasformaciones y cambios.

En vano querreis curar á los bobos, como en vano os esforzareis en curar al pordiosero que cifra el sustento en sus achaques.

Pero volvamos á los albaceas del acaudalado inglés, y sigámosles con calma en el retorno de sus filosóficas peregrinaciones.

Entran ahora precisamente en un pueblo animado y bullicioso, que en algazara sin fin apenas se apercibe de su llegada.

Reina por todas partes el desórden: la confusion crece, arremolinase la gente, y entre una cohorte de soldados, ministros y sayones, marcha un hombre pálido, flaco, desnudo y maniático, que entre aullidos y vociferaciones oye su sentencia de muerte.

Aquel pueblo se llamaba Cosmópolis.

Los impasibles ingleses dirigiéronse á un rechoncho ciudadano y le preguntaron:

— ¿Qué sucede? ¿qué pasa? ¿Porqué van á ahorcar ese hombre?

— Por haber sido gobernador de este pueblo, repuso con voz sentimental el interrogado.

Los hijos de la Gran Bretaña se admiraron; y cuidado, que para admirarse un inglés, es preciso que vea puestas en hilera las siete maravillas del mundo.

— ¿Pero qué delito cometió?

— Ninguno. Hay una ley en el pueblo por la cual el que obtiene la dignidad de gobernador es obedecido sin chistar: se le mima, se le regala, se le da gusto, y en el año del gobierno puede forjarse la ilusion de que vive en el paraíso. Pero al cabo del año, ni le vale haber gobernado bien, ni amigos, ni intercesores, ni arremetimiento. Se le despoja del mando por los ciudadanos y *velis nolis* se le anorca muy bonitamente.

— Pero, hombre; ¿y hay aqui quien quiera ser gobernador? preguntaron los ingleses abriendo dos palmas de boca.

— ¡Vaya si hay! recorran Vds. la ciudad y pronto alcanzarán cumplida respuesta.

Internáronse los albaceas, y á poco rato tropezaron con un sugeto que repartia dinero al pueblo para que le nombrase gobernador, prometia el oro y el moro, pedia votos á todo el mundo, apelaba á todas las influencias, y en fin, ponía en juego todo linaje de manejos electorales.

La admiracion de los ingleses rayó en lo heróico.

El populacho abandono al candidato probable, para

ir á solazarse en la plaza con las volteretas del ex-gobernador que estaban ahorcando.

— ¡Estas tenemos! exclaman los albaceas al poco tiempo, atónitos y aun no repuestos de su estupor. No necesitamos cansarnos mas: hé aquí el *hombre mas bobo del mundo*. Le entregaremos el millon de libras esterlinas, y satisfecho nuestro juramento, volveremos al suelo natal.

Llegado el cuento á este trance, habrá lector que pregunte:

— ¿Pero el gobernador en ciernes desistiría de su proyecto con fortuna tan repentina?

— ¡Quiá! Había nacido con mala estrella y no pudo sustraerse á su influjo: fué gobernador, triunfó, derrochó y murió en la horca como sus antecesores.

VI.

De la historieta del *Hombre mas bobo del mundo*, se desprenden tres consideraciones á cual mas importantes:

La primera es religiosa.

Que el hombre comete la torpeza de entregarse en cuerpo y alma á los deleznales y efimeros placeres de la vida, aunque en la otra le espere la condenacion eterna.

La segunda es política.

Que el afan de lanzarse á la vida pública crece, á pesar de que tan solo proporciona sinsabores, desengaños, y lo que es peor que todo, el descrédito, inevitable muerte de los políticos.

La tercera es dramática.

Que en la comedia humana todos los actores de vez en cuando saben hacer el papel del tonto.

Estas tres consideraciones pueden encerrarse en un epílogo. ¿Nacen los tontos? — No, señor; se hacen.

**Pepito y Pepita.**

Tú te llamas Pepita  
Y yo Pepito,  
Mira qué matrimonio  
Tan igualito.

(CANTAR.)

Soltero estaba Pepito  
Muy feliz é independiente,  
Mas le cogió de repente  
El amor en su garlito.

Un día (yo no recuerdo  
Cuándo fué) vió una doncella  
Y quedó loco por ella,  
Aunque era chico muy cuerdo.

La muchacha era bonita  
Desde la frente á los piés,  
Bautizada en San Ginés  
Con el nombre de Pepita.

Súpolo esto por un aya  
De la tal niña, Pepito,  
Y díjola á voz en grito:  
— «Por tí me muero, tocaya.

¡Yo Pepito y tú Pepita!  
Es singular este caso,  
Y no es obra del acaso  
Si bien se recapacita.

Que además de ser iguales  
En el nombre del bautismo,  
Nos acordete lo mismo  
En las prendas corporales.

Tú eres, si no veo mal,  
Una morena salada,  
Y yo (no me alabo nada)  
Soy un moreno con sal.

Nuestra estatura yo infiero  
Que en un todo se asemeja;  
Somos la mejor pareja  
Para salir de bracero.

Yo estoy flaco y tú estás flaca;  
Los flacos deben quererse  
Para unirse y defenderse  
Si algun gordo los ataca.

Tu cabello es negro puro  
Como las alas de un cuervo;  
Y el mio, si mal no observo,  
Pasa de castaño oscuro.

Tenemos en fin, Pepita,  
Muchos puntos semejantes,  
Y á que seamos amantes  
Esta semejanza invita.

Y al vernos tan igualitos  
Cruzar la calle amorosos,  
Exclamarán los curiosos:  
¡Aquellos son los Pepitos!

Si nuestro hijos ¡qué gloria!  
Tambien Pepitos se llaman,  
Verás, niña, cómo exclaman:  
¡Esta sí que es pepitoria!

Y al ver mi amor infinito,  
Firme, puro y sin quebranto,  
Dirán que te quiero tanto  
Que por tí me desepito.

Si la salud se me quita  
Y estoy expuesto á un destrozo,  
Dirán: — Que viva ese mozo,  
Y viva con su Pepita.

Y contigo siempre ufano  
Viviré en amor eterno  
En verano y en invierno  
Y en invierno y en verano.

No es tu pecho compasivo  
Si mis amores rechazas:  
¡Ay! no me des calabazas,  
Porque no te las recibo.»

Tal dijo el mozo á la niña,  
Que contestó sin rodeos:  
— «Si tales son tus deseos,  
Casémonos, no haya riña.

Bueno, bonito y barato,  
Eres un novio exquisito,  
En tí me encuentro, Pepito,  
La horma de mi zapato.»

Casáronse, y fué bendita  
La union de los dos tocayos,  
Y un sol de dicha infinita  
Hoy vierte espléndidos rayos  
Sobre Pepito y Pepita.

V. MARTINEZ MULLER.

**Apuntes sobre el imperio de Marruecos.**

Este imperio se divide en cinco provincias: Fez y Marruecos en la vertiente marítima; Sus en las dos vertientes del Grande Atlas, y Braa y Tafílete en la vertiente S-E.

La mayor parte de los viajeros dan muy poca poblacion á este país, y segun Chenier, Hoest y Lampiere, no excede de 6.000.000 de habitantes. M. Jackson, cónsul inglés en Mogador, en vista de algunas relaciones oficiales, asegura que asciende á 14.800.000 individuos, á saber: 9.404.400 árabes, 4.300.000 berberiscos, y 893.600 moros, andaluces, búkares, judíos y francos que habitan en las ciudades y en los lugares de las llanuras.

La mayor parte de los árabes viven en tiendas en medio de las praderas en donde se crían numerosos rebaños. Los berberiscos están divididos en dos naciones distintas, las de los berberiscos propiamente dichos, que habitan el Atlas desde la parte oriental hasta mas allá de Marruecos, y la de los chilluchs, diseminadas en las montañas de las provincias de Tafílete y de Sus. La mayor parte de los berberiscos son labradores y pastores, profesan un mahometismo corrompido, y aunque aparentemente están sometidos al imperio, sin embargo, cada tribu tiene su jefe; habitan en lugares fortificados con torreones, y viven en continuo estado de defensa.

Los moros descienden de una mezcla de antiguos mauritanios y antiguos numidas, con los fenicios, los romanos y los árabes; tienen la tez mas blanca, el rostro mas abultado, la nariz menos aguileña y todos los rasgos de la fisonomía menos enérgicos que los árabes, y son avaros, disolutos, ávidos, indolentes, vengativos y de unos pensamientos muy bajos. Los andaluces descienden de los árabes expulsados de España; los búkares son negros comprados en Guinea, que forman una raza militar; los judíos, cuyos ascendientes fueron por la mayor parte expulsados de España y de Portugal, forman unos 300.000 individuos; habitan particularmente en las ciudades, como los andaluces, é intrigan en los negocios políticos y administrativos del imperio, particularmente por lo que respecta á los asuntos de comercio y de industria; pero esto sin embargo no les pone á cubierto de la opresion, pues son insultados y despojados de sus bienes por el emperador y por los grandes, y hasta maltratados con frecuencia por el pueblo en las calles y aun en las sinagogas. La esperanza de disfrutar de mas libertad y de procurarse un alivio á tantas penalidades, condujo á muchos de ellos á abrazar el mahometismo; pero no por esto han dejado de ser menos despreciados y odiados por los demas mahometanos, quienes no han querido jamás emparentar con ellos. Hay algunos francos, aunque en corto número, que viven en las principales ciudades de comercio, y tambien algunos jitanos que aumentan la supersticion del populacho, vendiéndoles brevajes y sortilegios: les dan el nombre de Sedinafirs ó comedores de serpientes, en razon de que estos impostores devoran estos reptiles vivos para demostrar de este modo

su poder. En Marruecos, Mogador, Tánger y Mequinez, hay algunos conventos católicos; pero experimentan muchas vejaciones.

Los marroquíes lo mismo que los demas mahometanos se comunican muy poco entre sí, y solo se ven en los parajes públicos; su continente es grave y taciturno; su orgullo nacional les hace concebir el desprecio para con los demas pueblos, particularmente los cristianos, cuyo nombre jamás pronuncian sin que vaya acompañado de alguna injuria, y no manifiestan ningun sentimiento de honor. En las ciudades, las mujeres viven en la mas rígida reclusion, y las de los árabes errantes y berberiscos están sujetas á las labores mas penibles, y en continua exposicion á los rayos del sol, les borra muy pronto todo rasgo de belleza, librándolas de este modo de un inútil vigor. Este pueblo rudo é indolente no es menos codicioso de regalos, pues uno de sus proverbios es «que el vinagre regalado es mas dulce que la miel comprada.» Es generalmente estricto observador de la ley musulmana; pero sin embargo, practica ciertas ceremonias religiosas ajenas de esta ley, una de las cuales es poner provisiones todos los viernes sobre los sepulcros de los parientes ó amigos, á cuya ceremonia asisten los morabitos cantando alguna oracion, y tienen una veneracion tan grande á los peregrinos que vienen de la Meca, que los consideran como santones.

(Hadyr). La condicion que sufrían los esclavos cristianos en este pueblo cruel é inhumano, era la mas afrentosa; ocupados de continuo en los trabajos mas viles y desagradables, alimentados con pan de cebada mojado en aceite, vestidos con un capoton de lana guarnecido de un capuz, encerrados de noche en profundos é infectos calabozos y horriblemente maltratados por el capricho de sus capataces; no era raro el verles sucumbir en poco tiempo bajo el peso de tantos y tan atroces sufrimientos. Los esclavos casados, aunque no estaban mejor mantenidos, alojados ni vestidos, estaban exentos de las faenas mas pesadas, á pesar de que este rasgo de aparente humanidad no era mas que un cálculo de avaricia de sus amos, por temor de verse privados de una prole esclava.

El gobierno de Marruecos es tal vez el mas déspota y bárbaro de cuantos se conocen: el emperador lleva el título de sultan ó de khalifat-allah, lugarteniente de Dios, y no reconoce otra ley que la que le dicta su propia voluntad. No hay ni divan ni mufti ó jefe de la religion que pueda, como en Turquía, contrariar sus determinaciones: él solo es quien decide de la vida y de la fortuna de sus vasallos, y sus ministros, cuyos conocimientos se reducen á saber escribir correctamente, no son mas que sus secretarios: sin embargo, este déspota se ve obligado á respetar algunas leyes consagradas por los usos y costumbres: tales son las de no poder penetrar en el seno de las familias, ni tampoco en los santuarios de los dervis, que sirven con frecuencia de inviolable asilo á la inocencia perseguida, al culpable y hasta al rebelde contra su soberano.

Tiene además que administrar justicia en persona en todas partes en donde reside; da audiencia dos veces por semana; todos sus vasallos pueden ser admitidos en ella lo mismo que los extranjeros, y la sentencia que pronuncia en el acto es siempre decisiva; pero como en este país la codicia, la mala fe y la perfidia ejercen la mas horrible influencia, es indispensable no escasear los presentes á los ministros, á los dragomanes y hasta al príncipe mismo si se quiere obtener justicia. La corte del soberano se compone de un effende ó letrado, que es el visir; de un cuambelan con muchos dependientes para el servicio del emperador fuera del Serrallo, y de un cadí eunuco para el servicio interior; hay además tres maestros de ceremonias y much@s empleados de palacio encargados de las cuadras imperiales, de las monterías, de la cocina, etc.; tres ministros: uno de la Guerra, otro de la Marina y otro de Hacienda; los gobernadores de las provincias y de las ciudades llevan el título de *bei*, *bajá* ó *kaid*, reúnen los poderes militar, administrativo y judicial, y sin embargo en las principales ciudades hay *cadies* ó jueces independientes que están revestidos de grande autoridad.

El ejército consta de

Tropas regulares.	Infantería.	Caballería.	Artillería.
Guardia á sueldo.....	»	12,000	»
Tropa colonizada.....	2,000	400	400
<i>Tropas irregulares.</i>			
Total permanente de ejército irregular.....	8,000	20,000	1,000
Totales.....	10,000	32,400	1,400

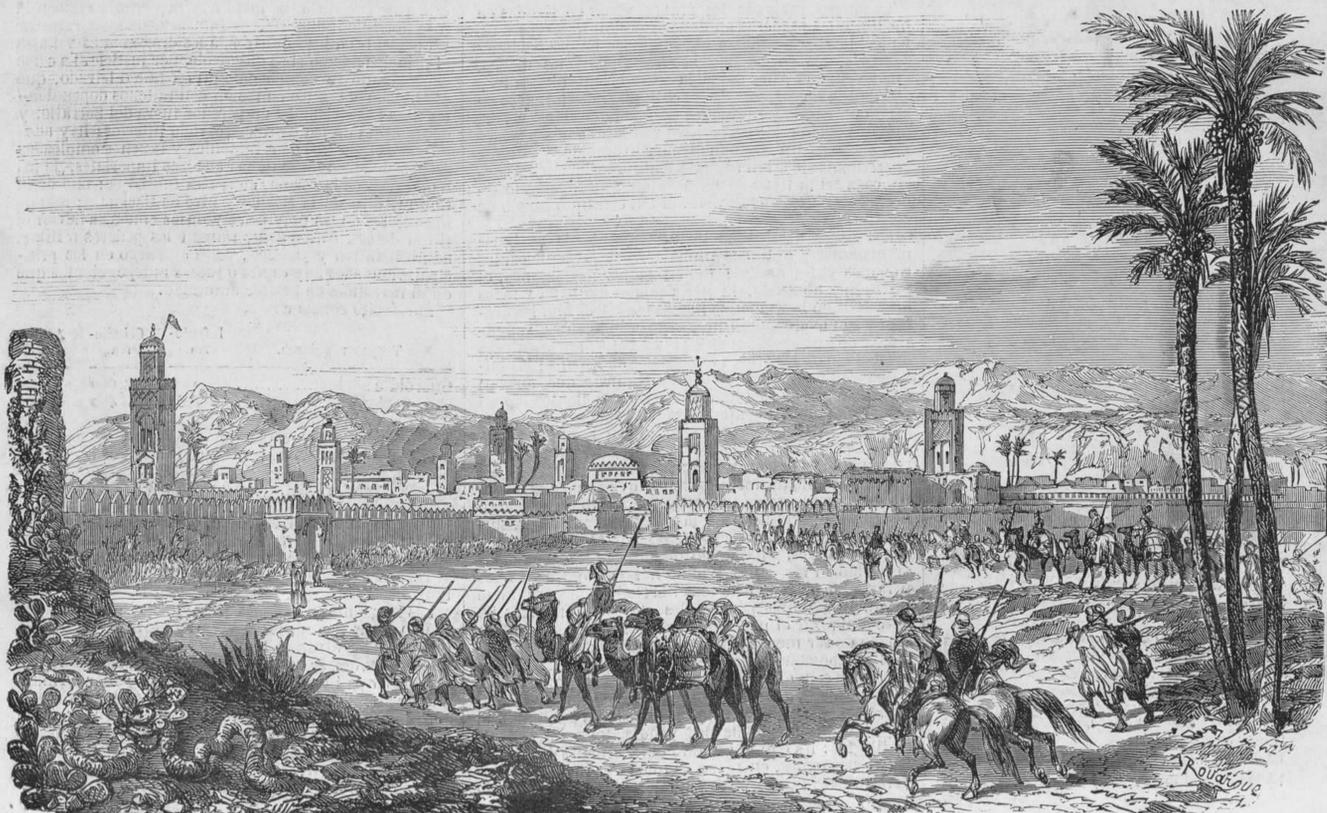
En caso de una guerra santa, el imperio puede hacer subir el número de combatientes en línea á 200.000 hombres. La marina apenas merece tal nombre, pues se reduce á una fragata y á varios buques menores muy mal tripulados.

Las frecuentes divisiones que entre el gobierno supremo y sus tributarios estallan, y hasta las discordias que entre las diversas tribus se observan de continuo, pueden favorecer grandemente las operaciones de los ejércitos que invadan esas tierras para poner término á sus vandálicas excursiones y á sus crueldades.

El imperio de Marruecos, no obstante la incuria de sus habitantes, es rico en producciones. De la descripcion de dicho imperio dada á luz por los señores Gomez de Arteché y Coello, tomamos los siguientes pormenores acerca de las producciones de aquel país:



LA CIUDAD DE MALAGA, PUNTO DE EMBARQUE DEL TERCER UERTO DEL EJERCITO ESPAÑOL CON DESTINO A MARRUECOS.

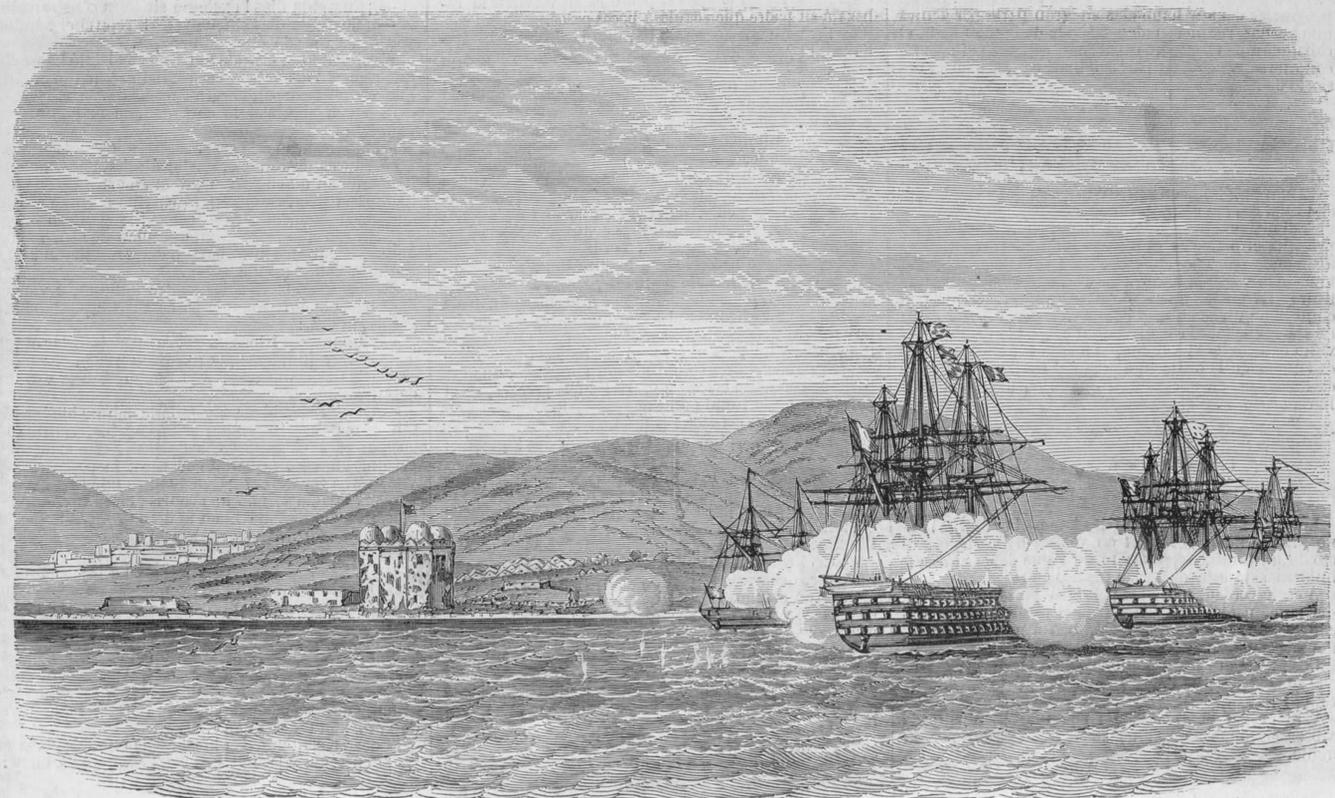


LA CIUDAD DE MARRUECOS.

« Cúbrete (dice) las campiñas a enero de una verdura esmaltada de flores y se desarrollan los cereales. En marzo se hace la recolección de la cebada y en junio la del trigo, con cuya trilla preparan los naturales el *cuscús* (alcuzuz), la de maíz y la del sorgo, con el que también hacen harina para aquel plato favorito de los africanos. Cual sea la fertilidad el suelo se patentiza ya solo observar queabierto solamente con un arado de madera que apenas penetra en él, y abonado con el estrojo que se tiene estero en dejar bastante alto, no se aprecia sino como mediana una cosecha de treinta granos de trigo por uno de sembrar, y como bueno solo cuando produce sesenta, habiéndolas de ochenta por uno.

En las llanuras y colinas crecen el olivo, la higuera, el granado, el almendro, el naranjo y el limonero y cubren las montañas bosques de encinas, ables y moreras, y en la vertiente meridional palmeras, cuyos dátiles constituyen uno de los alimentos preferidos por los marroquíes.

También hay palme-



EL FUERTE DEL RIO DE TETUAN DESPUES DE SU DESTRUCCION POR LA ESCUADRA FRANCESA.

ras en la setentrional, y especialmente en la zona del O.; pero su fruto no tiene comparacion con el que dan las de Sus y Tafilite, donde se aprecia tanto, que se supone objeto del deseo de la Virgen María en el nacimiento del Señor.

Inútil es decir la calidad de las naranjas y limones, pues por su aroma y exquisito gusto tienen fama en Andalucía, donde se hace mucho gasto de las llevadas de Tánger. Hay muchas especies de viñas, y sus uvas, como todos los demás frutos, son muy precoces relativamente á los de nuestro continente.

Los melones tienen la circunstancia de que su estado de madurez es casi instantáneo, por lo que rara vez están en disposición de comerse: no así con las sandías que se cultivan con esmero, pues son muy apreciadas. Proyécese en fin y en abundancia prodigiosa toda clase de frutas conocidas en Europa, y varias otras muy sabrosas y útiles, así como legumbres y verduras de toda especie.

A pesar de tal fertilidad padécense allí hambres terribles de que no se tiene idea en Europa, producidas por las langostas que pasan del S. del Atlas, y esparcen la desolacion por los campos; produciendo algunas veces con su putrefaccion peste y fiebres contagiosas.

Hay en las selvas leones, panteras, osos, hienas, chacales y raposos, y los habitantes comercian con la venta de camellos, búfalos, bueyes, caballos, mulas, asnos y ganado lanar de excelente calidad, así como con la volateria doméstica que es sumamente abundante.

El camello es indudablemente el animal mas útil de cuantos se crían en Marruecos, exceptuando el caballo cuando es empleado en el ejercicio militar.

El camello cuesta muchísimo menos que una mula; soporta una carga superior en peso y volumen, y así puede caminar por terrenos ásperos como por las arenas del desierto, sufriendo toda clase de cambios atmosféricos.

Bebe rara vez, lo cual es una gran ventaja en un país en que tanto escasea el agua, y se mantiene en todas partes, pues no tiene necesidad de cebada, alimentándose de las yerbas, matas ó espartos que se encuentran en los puntos en que haya de camparse.

Su marcha al paso equivale á la de la infantería, á ciento veinte pasos por minuto; se adelanta á esta si se le anima un poco, andando sin violencia ocho ó nueve kilómetros por hora, y descargado puede trasportar tropas de un punto á otro, con la misma ó mayor velocidad que los caballos.

Un cuerpo de tropas que tuviese que operar en el interior, debería hacerse con una brigada de camellos, como elemento indispensable para el transporte de los viveres y aun para las ambulancias. Pronto adquiriría nuestro soldado la experiencia necesaria para dirigirlos y cuidarlos, como la adquirieron y poseen los franceses.

Hay muchos caballos de raza árabe en la zona meridional, y de la berberisca en la opuesta; pero á pesar de que parece debiera fomentarse su cría en un país en que todos son jinetes hábiles, la tiranía del gobierno, cuyos emisarios se apoderan de todos los caballos buenos que encuentran, hace se abandone su cuidado en las regiones en que se deja sentir la autoridad imperial.

Solo en la provincia de Dukalah se ven aun caballos excelentes de raza berberisca y de la mas pura. En las provincias del Sur habitadas en gran parte por gentes que apenas reconocen dependencia de la metrópoli, el caballo árabe es criado y educado con todo el esmero con que se hace en su país originario y en todo el desierto de Africa. »

### Bombardeo por la escuadra francesa del fuerte de Tetuan.

Hemos publicado en nuestro número anterior el principio del ataque contra el fuerte de Tetuan, y hoy damos el último episodio del combate. Nuestro dibujo representa el fuerte en el momento en que tuvieron que abandonar los marroquíes. Del punto en que se ha tomado la vista, la llanura de Tetuan se eleva en anfiteatro. La ciudad aparece con sus minaretes sobre la cumbre de una colina, y oculta una parte de sus casas en las revueltas de colinas onduladas. Se distingue el vasto edificio de la Aduana, la torre almenada y blanca situada en la orilla izquierda del rio de Tetuan á su embocadura, en el estado en que la ha dejado la artillería francesa.

### EL DOCTOR ANTONIO.

(Continuacion.)

Lucy permaneció tan serena, tan pasiva en sus manos, tan confiada, como si en vez de hallarse en medio de un camino con un médico que debía al acaso, hubiera sido este doctor su médico de infancia.

A decir verdad, todas las personas presentes incluso sir John, parecían hallarse bajo el prestigio de la sencillez y de la fuerza que respiraban á la vez en aquel hombre.

Una traccion, un chasquido como el de dos huesos que se acercan y un gemido sofocado, y el doctor exclamó: ¡Esta hecho!

Y al propio tiempo sacudia con un movimiento de cabeza las anchas gotas de sudor que corrían por su frente.

— Ahora padeis menos, ¿no es verdad? preguntó inclinándose hácia Lucy.

¡Pobre criatura! Estaba tan trastornada, que la habría sido difícil decir cómo se encontraba. Hubo que venderla el pié, operacion que exigía el mayor cuidado y bastante tiempo. Sin embargo, se terminó felizmente. Dos objetos de una naturaleza desconocida, pero delgados y aplastados, que se hallaban entre las vendas que habia traído el doctor (sin duda dos tablillas de madera cubiertas de lienzo de antemano para disimular lo que eran á los asistentes), fueron sujetos á cada lado del pié sobre el apósito, á fin de que todo quedara bien en su lugar, y la operacion se dió por concluida.

Durante este tiempo cuatro robustas aldeanas habian traído una especie de camilla muy primitiva guarnecida de colchones, y esperaban á corta distancia del grupo principal.

— Venga aquí uno de esos colchones, exclamó el doctor haciendo colocar el objeto pedido al lado de miss Davenne.

En seguida desplegó una sábana diciendo á la enferma:

— Os vamos á pasar esta sábana por debajo para levantaros suavemente y ponerlos sobre el colchon que colocaremos despues sobre la camilla sin temor de haceros daño alguno. Todo lo que os pido es que permanezcais enteramente pasiva en nuestras manos, y que os abstengais de todo movimiento involuntario con el fin de ayudaros.

— Es la segunda vez que insistís en esa recomendacion; ¿estoy herida gravemente? preguntó la jóven con inquietud.

— No por cierto, repuso el italiano; no os alarmeis con las precauciones que os impongo.

É inclinándose de nuevo hácia ella, añadió bajando la voz:

— Debeis comprender que puede tener malas resultados un pequeño accidente, sin que por eso peligre la vida de la persona. Verbigracia, la curacion de vuestra pierna, pues hablando francamente, el mal no está en el pié sino en la pierna, es una cosa muy fácil, que depende mas bien del tiempo y de la paciencia que de la habilidad del cirujano; pero hacer de modo que esa pierna, una vez curada, quede abso utamente como antes, ni mas corta ni mas larga de una sola línea (Lucy cambió de color al oír estas palabras), es una cosa muy distinta y que requiere el mayor cuidado, una atencion incesante. Ahora veis por qué quiero haceros comprender el peligro que correriais si desobedecierais á vuestro médico; una imprudencia, un descuido de vuestra parte puede perderlo todo.

Viendo por la mirada con que le respondi ron que habia dicho lo bastante para asegurarse la docilidad de su enferma, el doctor ayudado por Hutschin, pasó la sábana por debajo de miss Davenne, y luego haciendo señal á tres de las mujeres para que se acercaran, las hizo que cogieran cada una una punta; tomó él la otra, y la jóven levantada como en una hamaca, fué primero colocada sobre el colchon que estaba á su lado y trasladada despues á la camilla.

El doctor la cubrió con su pañuelo, la puso una almohada bajo la cabeza, y dió la señal de la marcha.

Pero apenas la camilla estaba en movimiento, cuando el doctor llamó á las aldeanas y las ordenó una conversion, á fin de que la pobre niña volviera la cabeza á su padre que seguía á pocos pasos.

— Será un alivio para ella, dijo el doctor á las italianas, el tener á la vista á su padre durante el trayecto.

No hay nadie que no haya notado y admirado la pronta inteligencia y delicadeza de los aldeanos en general, en todo lo concerniente á nuestras afecciones. Este gran sentimiento se encuentra sumamente desarrollado entre los hijos bronceados de la ardiente Italia. Los ojos de las mujeres se humedecieron de lágrimas que los hicieron brillar como negros diamantes, mientras que con esa entonacion particular de su país, tan expresiva, tan indescriptible, las cuatro matronas dirigieron á la Virgen la invocacion ordinaria.

Lucy no tuvo necesidad de explicaciones para comprender la intencion del cambio, y con una ligera señal de cabeza, ó mas bien de los párpados, acompañada de una sonrisa, dejó ver al doctor que habia entendido. La mirada y la sonrisa se reflejaron como una suave luz en el rostro y en el corazón del médico. Este incidente establecia una comunicacion simpática, una especie de corriente eléctrica entre los dos jóvenes, — el doctor no tenia treinta años.

— ¡Qué buen corazón! pensó Lucy.

— ¡Qué corazón tan amable y agradecido! pensó el doctor.

Cada cual tuvo así como una revelacion de la naturaleza del otro.

El italiano marchaba lentamente detrás de la camilla cuando el baron acercándose á él le dijo de un modo bastante repentino:

— Creo conveniente presentarme á vos; soy sir John Davenne, de Davenne Hall, en el condado de...

El jóven arrancado así de sus reflexiones, se quitó el sombrero y contestó con un saludo suficientemente gracioso:

— Y yo soy el doctor Antonio, el médico comunal de Burdighera.

Y al decir esto guiñó un poco los ojos como si hubiera encontrado alguna cosa particularmente agradable en su contestacion.

Sir John plegó la boca, y las ventanillas de su nariz se estrecharon, mueca ordinaria del baron cuando se

hallaba ofendido ó cuando le desagradaba alguna cosa.

— ¿Me permitis que os pregunte, continuó dirigiéndose á su interlocutor, con un tono demasiado ceremonioso para no descubrir que estaba picado, sin duda porque no le habian consultado en nada de lo concerniente á su hija; me permitis que os pregunte adónde vamos?

— Disimuladme, respondió el doctor; en mi precipitacion y mi ansiedad por vuestra hija, he olvidado decirlo. Vamos á aquella casita encarnada medio oculta por los árboles.

Y al hablar así señalaba una casa vieja de dos pisos, especie de cabaña medio ruinosa situada á la izquierda del camino.

— Es una posada, continuó, y sus amos son pobres, pero buenos y honrados. Siento decirlos que encontraréis allí pocas comodidades, pero sí muchos cuidados, muchas atenciones y una cama para vuestra hija, cosa muy importante.

A juzgar por el juego de los músculos de su nariz y de su boca, sir John habia cambiado algunas atenciones y cuidados por las comodidades personales, pero no dijo nada sobre esto y respondió:

— Está bien; en cuanto mi hija descanse un poco proseguiremos nuestro camino para Niza.

— No hablais seriamente, exclamó el italiano deteniéndose asombrado.

Pero reprimiendo al punto lo que iba á decir, añadió con un tono tranquilo y conciliante:

— No será posible... ó mejor dicho, estoy seguro que miss Davenne no podrá continuar su viaje antes de.....

Aquí hubo una pausa.

— ¿Algunas horas? preguntó el baron.

— Dias, semanas quizá, exclamó el doctor.

— ¡Semanas! repitió con voz sorda el baron definiéndose á su vez. ¡Semanas! añadió luego con un trasporte de indignacion; imposible, tengo compromisos sagrados. Debo estar en Londres dentro de diez dias.

— En ese caso os diré la verdad, repuso el doctor; la desgracia que ha tenido vuestra hija es muy grave. Sir John se asustó, pero reponiéndose al punto, dijo para sí:

— Ya caigó; este hombre me quiere espantar para sacar de mí el mejor partido posible.

Reflexion nada propia en verdad para calmar el mal humor del baron.

— Está bien, está bien, dijo con impaciencia; yo sé como todo el mundo lo que es una torcedura. ¿Y por eso nos quereis tener prisioneros indefinidamente?

— ¡Teneos prisioneros! exclamó el italiano frunciendo las cejas. Nadie trata de semejante cosa; no estais aquí entre piratas africanos. Cerca encontrareis otros médicos á quienes podreis consultar; en Niza tenéis facultativos ingleses.

— No consultaré á nadie, repuso secamente el baron; no necesito consejos. Lo que necesito es marcharme y me marcharé.

— Hareis lo que gustéis, dijo el italiano, pero yo tengo que cumplir con mi deber, y cumplo diciéndoos que miss Davenne no puede moverse sin peligro antes de cuarenta dias.

Y habiendo hablado así, el jóven médico prosiguió su camino dejando á su interlocutor entregado á sus pensamientos.

— ¡Cuarenta dias! exclamó sir John consternado.

— ¡Cuarenta dias sin moverse! repitió el facultativo, y esta vez con un acento de ira.

Y volviendo la espalda al baron se dirigió hácia John que estaba de pié cerca del carruaje, y le dió órden de que marchara hácia la casa encarnada.

El baron siguió a la caravana de mal humor y á paso lento.

Pronto llegaron á la casa.

— Ya estamos, dijo el doctor á miss Davenne en el momento en que atravesaban el huertecillo donde se hallaba la casa. Subieron la camilla por una escalera empinada construida exteriormente; y luego cuando atravesaron una pieza grande seguida de otra mas pequeña, llegaron á un cuartito donde pusieron á Lucy con un colchon en una cama.

El doctor despidió á las cuatro mujeres, y volviéndose hácia la enferma que parecia triste y estaba muy pálida, la dijo:

— Aunque aquí todo es pobre, podeis estar segura de que hay limpieza; por eso os he traído.

— ¡Cuán bueno sois! dijo Lucy con una voz muy débil.

— Las paredes blancas y la falta de muebles os causan quizá una impresion desagradable, continuó el doctor; pero ya trataremos de poner este cuartito un poco mas alegre. ¿Quereis conocer á la posadera Rosa y á su hija Speranza? ¡Qué bonitos nombres! ¿no es verdad? añadió viendo una sonrisa en la fisonomia de Lucy; eso parece de buen agüero. Ambas tienen deseos de seros útiles, y agradecerán que acepteis sus servicios.

Lucy hizo una señal con la cabeza á las dos mujeres que el doctor la presentaba y que estaban en el umbral de la puerta. La una era ya anciana, la otra era una jóven pálida de ojos negros.

A una señal del doctor Antonio se acercaron y besaron la mano a la hermosa extranjera con una mezcla de respeto y de ternura entusiasta. Para las dos italianas, aquella inglesa de piel blanca, de ojos azules y de cabellos de oro, parecia mas bien un ángel que un ser de la misma especie que ellas.

El doctor contento con la simpatía que observaba entre la enferma y las mujeres de la casa, dijo á Lucy:

— Tengo que explicaros cómo he dispuesto las cosas; las cuatro piezas de que se compone este piso, las mejorcitas de la casa, quedan á nombre de sir John; estas es para vos, la que está al lado para vuestra doncella, y á la otra parte de la sala de entrada que acabamos de atravesar, hay un cuarto para vuestro padre. Vuestro criado estará en el piso bajo.

— Muy bien, dijo la pobre Lucy, tratando de mostrarse alegre. Creo que papá estará contento como yo. El italiano no abrigaba la misma esperanza; y la preguntó si tenía apetito y si quería tomar algo.

— No, muchas gracias, respondió la jóven.

— Tanto mejor, continuó el médico; os aconsejo que os abstengáis por ahora de todo alimento sólido. Pero voy á dejaros, y me prometo que podreis dormir. En todo caso, cuidado con hacer el menor movimiento, no lo olvidéis. Voy á enviaros una pocion, de la que podreis tomar una cucharada de tiempo en tiempo si tenéis sed.

— ¿Y volveréis pronto? preguntó Lucy un poco alarmada con la idea de que se marchaba su nuevo amigo.

— Dentro de una hora ó dos, respondió el facultativo, y entonces veremos lo que se puede hacer para mejorar un poco este cuarto.

Y volviéndose hácia miss Hutschin, añadió:

— Emplead las tijeras para desnudar á vuestra señorita; es preciso que miss Davenne no se mueva.

Y lo mismo recomendó en italiano á Rosa y á Speranza.

Cuando salía del cuarto encontró en el umbral á sir John que se habia quedado abajo un instante para ver si el coche seguía.

Como nada en el baron indicaba el deseo de entrar en conversacion, el doctor Antonio se alejó en silencio. Pero reflexionando sin embargo que el baron podría tener algo que decir, despues de haber visto á su hija, se detuvo algunos minutos en la sala (así llamaremos en lo sucesivo á la pieza de entrada).

Al cabo de un corto rato el inglés volvió á salir, y guiado por Speranza, atravesó la sala para pasar á su cuarto, sin parar su atencion en la presencia del médico.

Este viendo que no le necesitaban, salió de la casa.

Sir John una vez introducido en el cuarto que le estaba destinado, se arrojó de mal humor sobre una silla, y principió á lanzar en torno suyo miradas de rabia.

— ¡Buen sitio, exclamó furioso, para pasar en él cuarenta dias! ¿Porqué no medio año?

El cuarto, á decir verdad, sobrepujaba en demasia lo que habia dicho el doctor acerca de la pobreza de la posada. Paredes que habian sido blancas, estaban amarillentas; no habia mas que una ventana, y los muebles consistian en una vieja mesa de madera, dos sillas con asiento de caña y un arca en forma de féretro al pié de una cama sin colgaduras. En suma, parecía la celda de un anacoreta mas bien que la alcoba de un baron protestante.

— Sea como quiera hay que salir de este agujero, murmuraba sir John paseándose por el cuarto con rabia.

Un ruido de pasos que se acercaban le hizo detenerse.

Era John que acudia á dar parte de las averías del carruaje; excepto los cristales que se habian roto y algunos rasguños en las portezuelas, no habia nada en el estado del coche que pudiera impedirles llegar en él á Niza.

— Muy bien, dijo el baron; que pongan los cristales al momento.

Por desgracia esto no podia hacerse. John se habia informado ya, y sabia que en el pueblo mas cercano no se hallarian cristales de aquellas dimensiones.

Al saber esta noticia sir John prorrumpió en exclamaciones; el criado continuó explicando que no habia podido acercar el carruaje á la casa porque la puerta del jardin era demasiado estrecha para que entrara, y preguntó:

— ¿Qué es lo que debo hacer?

Sir John no respondió, pero se fué en derechura á la puerta del jardin, y despues de un corto-exámen de los lugares, ordenó á John que pusiera la berina al lado del camino, donde podría pasar la noche si fuera necesario.

— Las noches son frescas todavía, dijo sir John exhalando un suspiro, y á menos que no podamos salir dentro de un par de horas, tendremos que pasar aquí esta noche.

Y luego con aire resuelto añadió:

— Pero mañana con cristales ó sin ellos marcharemos á Niza.

— ¿Y creéis, añadió John balbuceando, que sea prudente dejar el carruaje y los equipajes toda la noche en medio del camino?

— No por cierto, respondió el amo. Pero si tenemos que quedarnos, te estarás en acecho dentro del coche con un par de pistolas.

Despues de haber tomado estas disposiciones, el baron se dirigió á la escalera de piedra que conducia al segundo piso, para entrar en el cuarto de Lucy. Pero á la mitad del camino se encontró con miss Hutschin andando de puntillas, quien le anunció que la señorita estaba muy abatida, y que acababa de cerrar los ojos para tratar de dormir un rato.

Muy contrariado con esta noticia que confirmaba todos sus temores, sir John se retiró á su aposento. Sin embargo, al cabo de un cuarto de hora salió y comenizó á pasearse por delante de la casa, llegando de tiem-

po en tiempo hasta la puerta exterior para echar á su coche una mirada llena de tristeza.

Por segunda vez trató de ver á su hija, y no pudiendo entrar, se fué á su cuarto, se arrojó sobre una silla y dijo mirando su reloj:

— ¡Qué largo es el tiempo en este abominable país!

No obstante, el tiempo habia marchado, pero habia sido para añadir un nuevo peso á la carga de esplin y de desaliento del pobre gentleman. Pero ¡oh fragilidad de la humana naturaleza! sir John tenia hambre, y estaba avergonzado y furioso porque tenia hambre. ¡Cruel necesidad la de tener que pedir comida en aquella casa! Sentarse á la mesa allí era rendir las armas ante el enemigo, era renunciar de un solo golpe á todo el heroismo de la situacion.

Sir John conocia todo esto, y así es que luchó con valor durante un rato, pero al fin hubo de rendirse. Extendió instintivamente la mano hácia un cordon de campanilla imaginario, y para mayor tormento tuvo que salir á la escalera y llamar á su criado.

— John, exclamó el baron, mira si hay algo que se pueda comer en esta casa.

Y hecho este sacrificio, se fué á ver á su hija.

¡Pobre Lucy, todo el heroismo estaba de su parte. Padecía dolores horribles.

— ¿Dónde, hija mia?

— En todo el cuerpo; estoy molida, y siento en el pié una sensacion tan singular y tan desagradable, que me parece que está hinchado como una montaña de corcho.

— Hija mia, eso es un efecto de la imaginacion. Trata de dormir.

— Ya he querido y no puedo.

La pobre criatura estaba rendida de cansancio y no podia pegar los ojos. Sir John hizo cuanto pudo para consolarla, y separando tiernamente los largos bucles que caian sobre sus megillas abrasadas, la prometió que al dia siguiente estaria en Niza donde hallaria todas las comodidades que su estado reclamaba.

Pero estas palabras del padre no produjeron el efecto que él esperaba. Lucy no se sentia con valor para ir á Niza, y la importaban poco las comodidades.

— Es que allí tendremos buenos facultativos ingleses, hija mia, añadió el baron.

— ¡Oh! exclamó Lucy; en cuanto á eso estoy muy contenta con el doctor italiano; es mas complaciente que todos los médicos que he tenido, y ya sabeis que no han sido pocos.

Sir John hizo su gesto acostumbrado y nada respondió.

— ¿No os parece lo mismo? preguntó Lucy con la obstinacion de una niña mimada.

— No puedo decirlo, hija mia, le he visto poco, y además yo no cobro afecto á las personas sino despues de conocerlas bien.

Siguió una pausa, pues no eran del gusto de la niña las contestaciones de esa clase.

Al cabo de media hora se oyó un golpecito en la puerta, y John anunció solemnemente que la comida estaba pronta.

— Preciso es tomar algo, dijo el padre levantándose; te enviaré un ala de pollo ó un huevo...

— No, dijo Lucy resueltamente, el médico me ha prohibido que coma.

— Bien, hija mia, sigue hoy sus instrucciones, repuso sir John tan obstinado en su modo de ver como la jóven en el suyo; mañana tendremos mejores opiniones para dirigirnos.

Y al hablar así salió del cuarto.

La mesa estaba puesta en la sala, y la comida, con gran asombro de sir John, aunque muy sencilla, era excelente; pescado, un pollo asado, verdura, una tortilla, queso, frutas y una botella de vino del país que no habria desdeñado el bebedor mas inteligente.

Sir John comió gruñendo, pero con buen apetito.

John con su parche de tafetan negro en la nariz y una servilleta bajo el brazo, vestido de frac negro y corbata blanca, servía á su amo tan solemnemente como en un dia de comida de ceremonia en Davenne-Hall.

El baron estaba comiendo una naranja acabada de arrancar del árbol, cuando apareció el doctor Antonio en la escalera con un grueso envoltorio bajo el brazo. El doctor saludó, pasó á la izquierda de sir John, atravesó la sala, y fué introducido por Hutschin en el cuarto de miss Davenne.

— ¡Cuánto habeis tardado! exclamó Lucy con toda la impaciencia de los enfermos.

— Me alegro que habéis así, respondió el facultativo; es buena señal cuando el enfermo aspira á ver el médico, porque eso denota confianza. Me he visto precisado á detenerme; pero ¿qué tal estais?

El doctor Antonio escuchó las lamentaciones de su enferma con ese interés que tanto consueta á la persona que sufre, y luego la dijo:

— Quisiera poder aliviaros, pero confieso que por ahora es imposible. Habeis tenido mucha agitacion, porque habeis sufrido mucho, y cuando se quebranta así la naturaleza, es preciso que pase algun tiempo para que recobre su equilibrio. Lo único que podemos hacer los médicos es ayudar á la naturaleza; pero violentarla nos es imposible. Bebed abundantemente de la pocion que os he enviado, que quizá os hará dormir un poco.

Lucy meneó la cabeza como si estuviese bien segura de no poder dormir en su vida, y dijo únicamente señalando el envoltorio:

— ¿Qué traeis ahí?

— Cortinas para las ventanas. Todos los cuartos están al Mediodia, y es preciso que os resguardemos de los rayos del sol italiano.

Y dicho esto se subió á una silla y se puso á clavar clavos haciendo el menor ruido posible.

— En el campo tiene uno que hacerlo todo, exclamó el doctor mirándola desde la silla y con una cortina en el brazo; no nos parecemos á los que habitais en las grandes ciudades. Aquí cada cual es su propio jardinero, su carpintero y su tapicero, como veis ahora. A veces para economizar se cura uno á sí mismo.

— Pero, observó miss Davenne, ¿vos no sois en realidad de este país?

— ¿Esa es vuestra opinion?

— No lo sé con exactitud, respondió la jóven; pero hay en vos cierta cosa que me hace suponer que no habeis pasado aquí toda vuestra vida.

— En una palabra, quereis decir que no tengo enteramente el aire rústico del médico de aldea. Para vuestros años, sois muy observadora.

— ¿Qué edad tengo á vuestro parecer? preguntó Lucy distraida con la conservacion.

— Diez y seis ó diez y siete años.

— Mas; tengo veinte.

(Se continuará.)

### Coche de gala del emperador de Solo (Java).

El grabado que publicamos es copia de una fotografía hecha en Holanda, y que representa un coche magnífico de gala construido para un príncipe javanés en los talleres de los señores Hermans y compañía, de la Haya, donde su exposicion llamó vivamente la atencion pública.

Este soberbio producto de la fabricacion de coches en Holanda puede dar una alta opinion del grado de perfeccion á que han llegado en esta industria los señores Hermans, que pueden figurar en el dia entre los primeros fabricantes de Francia, de Inglaterra y de Bélgica. En este coche que infundirá á los indios el gusto por los carruajes modernos, los señores Hermann han sabido reunir la fantasia oriental con la severidad del arte europeo, y su construccion es muy notable, tanto por sus armoniosos contornos, como por el brillo y la riqueza de los materiales empleados en su obra. Su valor asciende á mas de 30,000 florines. G. F.

### M. Poinso

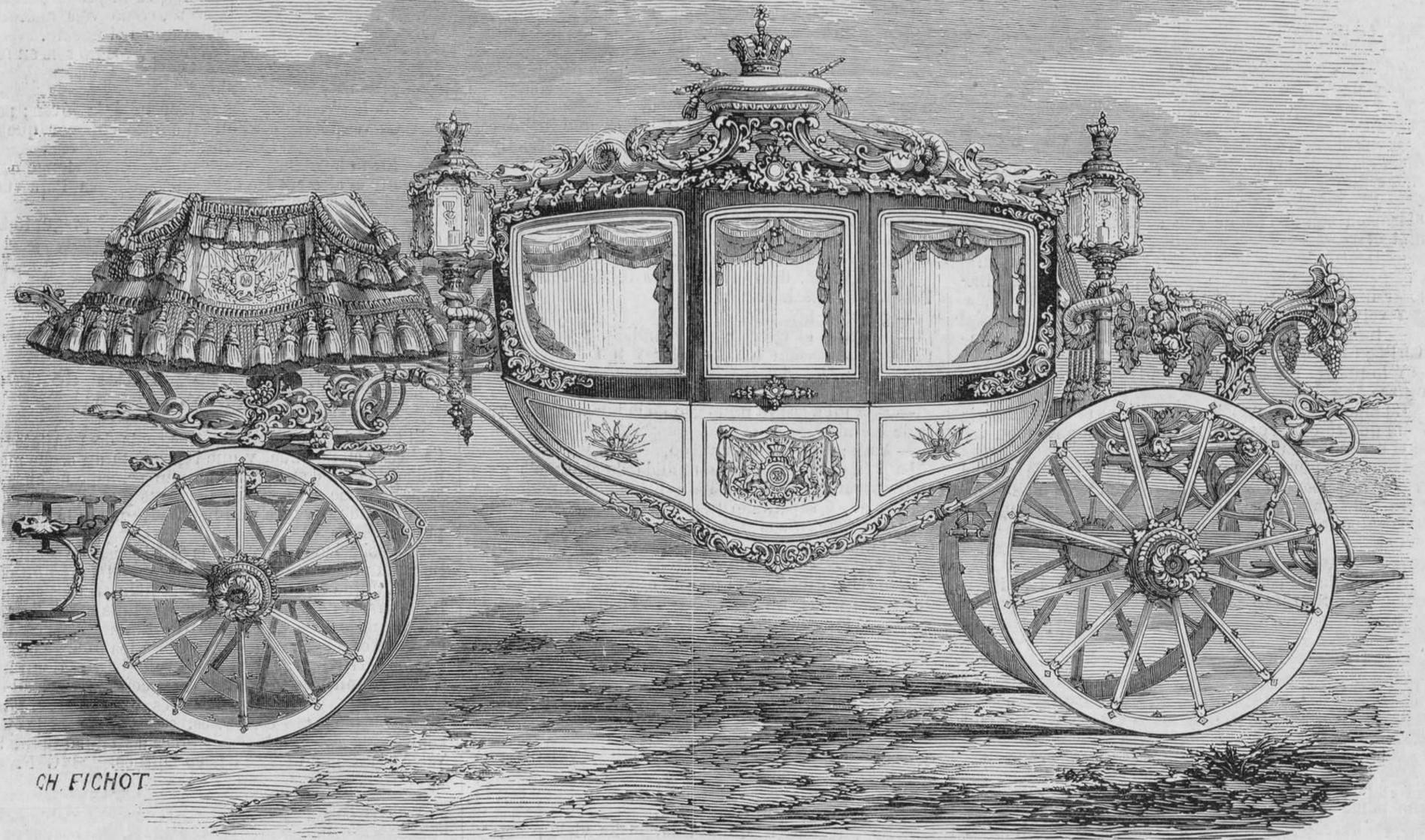
Ha muerto en Paris el 15 del mes último uno de los veteranos de la ciencia. Hacia algun tiempo que M. Poinso, debilitado por los años, no se presentaba ya en la Academia, y en la penúltima sesion de esta asamblea M. de Senarmont anunciaba á sus colegas que el estado del ilustre geómetra inspiraba las mas vivas inquietudes.

Nacido en Paris el 3 de enero de 1777, M. Poinso salió á los diez y nueve años de la escuela politécnica como ingeniero de puentes y calzadas. Nombrado profesor en el liceo Bonaparte, luego profesor, examinador y miembro del consejo de perfeccionamiento de la escuela politécnica, justificó los favores de que habia sido objeto con la publicacion de sus *Elementos de Estática*, cuya primera edicion vió la luz en 1803.

Aunque este libro, como su título lo indica, no trata mas que de las partes mas elementales de la mecánica, su aparicion fué acogida con los mayores elogios, y Fourier en su *Informe general sobre el progreso de las ciencias matemáticas*, escribia lo siguiente: «Lo mas notable de esta obra es que encierra principios nuevos en una de las materias conocidas mas antiguamente, inventada por Arquímedes y perfeccionada por Galileo.» Fourier al hablar así se referia principalmente á la ingeniosa teoría de las *couples*, á cuyo beneficio M. Poinso introducia tan felices simplificaciones en la enseñanza de la estática. Antes los geómetras si bien habian considerado la existencia de dos fuerzas iguales paralelas y contrarias no aplicadas al mismo punto, y habian observado que la accion de tal sistema no puede ser neutralizada por ninguna fuerza única, tampoco habian visto en esto mas que un caso singular, sin sospechar que esa consideracion encerrara el germen de una parte esencial de la estática. M. Poinso creó pues la teoría, y á pesar de todas las críticas, preciso es reconocer que esa teoría basta para salvar el nombre del autor.

Pero M. Poinso tiene otros muchos títulos á los ojos de los geómetras, desgraciadamente no podemos enumerarlos aquí y menos analizarlos; diremos únicamente que en todas sus obras la elevacion de ideas que las distingue se encuentra unida con una claridad en la expresion, que las da un nuevo mérito.

Nombrado inspector general de la Universidad en 1813, M. Poinso sucedió en el mismo año á Lagrange en la seccion de geometría de la Academia de ciencias. Hacia mucho tiempo que era miembro del consejo superior de la instruccion pública, cuando en 1852 al formarse el Senado, fué designado como miembro de ese cuerpo político. Era gran oficial de la Legión de Honor desde 1846. Bien habia merecido estas distinciones aquel de quien M. Bertrand decia hace pocos dias ante un auditorio escogido: «Ha dejado su nombre inscrito en



CH. FICHOT

COCHE DE GALA DEL EMPERADOR DE SOLO (Java), construido en los talleres de los Sres. Hermans y C<sup>a</sup>, en La Haya

la historia de la mecánica inmediatamente despues de los de Arquimedes, Galileo, Huygens y Newton.»  
E. M.

**La triangulacion de Paris.**

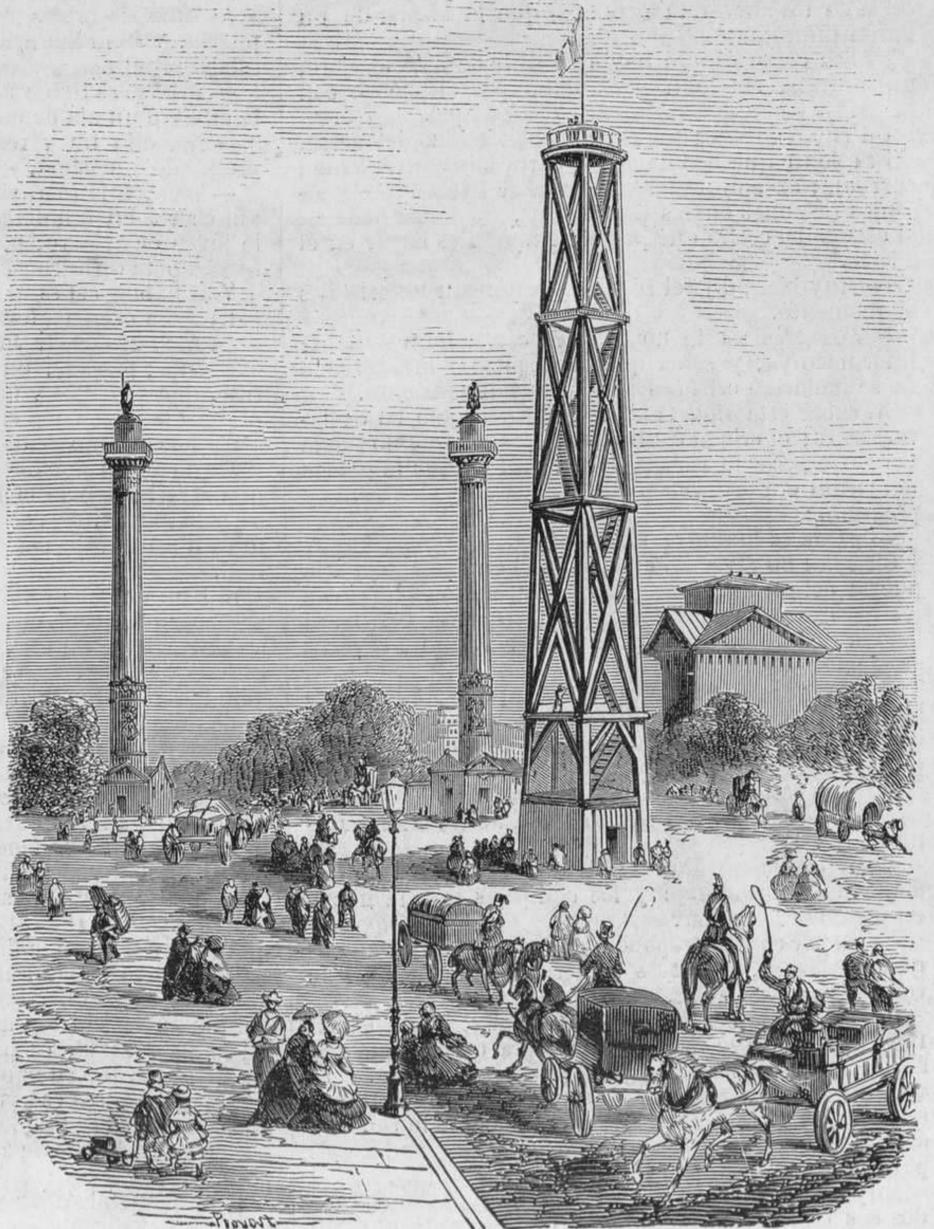
Para determinar en plano la configuracion de una superficie muy extensa, se eligen los puntos mas altos para que sea fácil descubrir los objetos que están en el contorno. Estos puntos se llaman *estaciones*, y son pirámides, como las que representa nuestro dibujo, terminadas por una plataforma donde se alza un palo

vertical que debe servir de señal para las observaciones. Es fácil imaginar líneas rectas en el espacio, reuniendo unas con otras las señales. Estas líneas deben formar una red de grandes triángulos que cubran el pais del que se quiere sacar un plano.

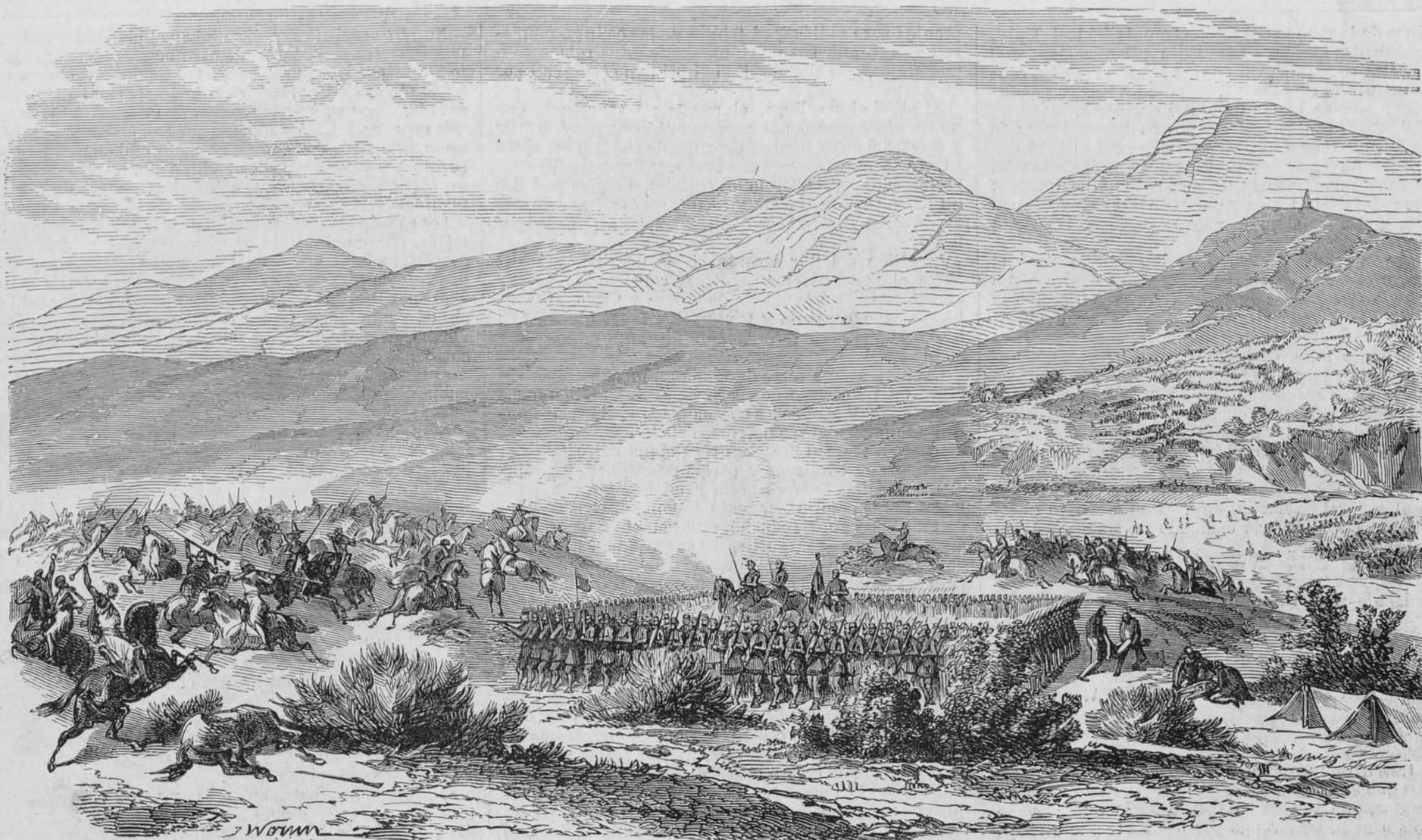
Cuando se han hecho estos trabajos preliminares, se calculan los triángulos que



M. POINSOT, SENADOR, MIEMBRO DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS.



PIRAMIDE DE MADERA levantada en la barrera del Trono para las operaciones de la triangulacion de Paris.



EXPEDICION CONTRA LOS BENI-SNASSEN. — COMBATE DE TIULY (11 de setiembre de 1859.)

se reducen á las menores dimensiones posibles, á fin de disminuir las probabilidades de error. Las operaciones en grande escala cuando se tiene en cuenta la configuracion del globo, se designan con el nombre de *geodesia*; las operaciones en que se puede prescindir

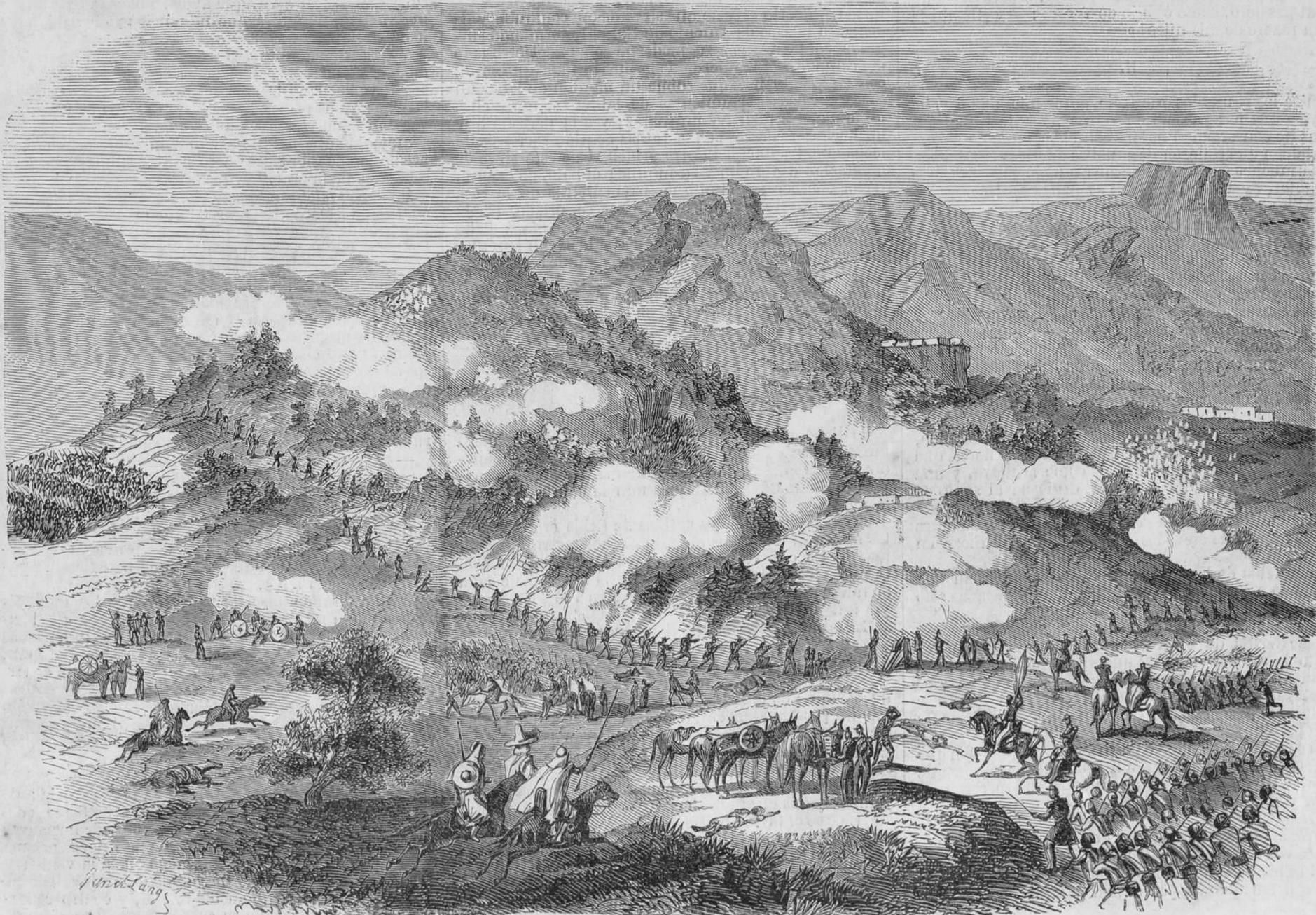
de la curvatura de la tierra calculando los triángulos, se llaman *topografía*.

Sean cuales fueren los trabajos geográficos ó topográficos, las operaciones se reducen siempre á medir longitudes y ángulos.

A. R.

**Expedicion contra los Beni-Snassen.**

El 11 de setiembre del año último cerca de Sidi-Brahim, 8,000 guerreros de las tribus marroquíes próximas á la frontera argelina de los franceses, atacaron á



TOMA DE LAS GARGANTAS DE UARENFU Y DE AIN-TAFFURALT (27 de octubre de 1859.)

las cinco de la mañana el campo francés del Ued Tiuly. Mil quinientos hombres mandados por el comandante Beaupretre se acampaban en una estrecha meseta contorneada por el río; unos barrancos profundos separaban las tropas de los contingentes enemigos.

Al punto el comandante tomó sus disposiciones; le había llegado un refuerzo inesperado: era el 13º batallón de cazadores de infantería; estos y un batallón del 2º de zuavos flanqueaban las alas del cuerpo francés; un escuadrón del 1º de cazadores de Francia apoyó el centro, y el 2º batallón de zuavos quedó de reserva á la derecha.

A las seis se empeñó la acción: el enemigo atacó el centro, y el comandante francés lanzó sucesivamente sobre él dos compañías de cazadores que le cargan á la bayoneta, le desconciertan y determinan la fuga. Al mismo tiempo el batallón que estaba de reserva atraviesa el Tiuly y llega á un cerro, desde donde amenaza el campo marroquí. Ya el capitán Petit, el enérgico comandante del escuadrón da una carga por el centro contra toda la caballería enemiga, y la persigue hasta dos leguas del campo de batalla.

De este modo, los bandidos que habían violado el territorio fueron arrojados de él, y luego pudo prepararse la campaña de Marruecos, que llevó á buen término el general de Martimprey, como saben ya nuestros lectores por el parte detallado de las operaciones que hemos publicado.

## JUAN PALOMO.

CUENTO DE COLOR DE ROSA.

POR DON ANTONIO DE TRUEBA.

### I.

Ha transcurrido un año desde que se escribieron los cuentos que anteceden (1).

Su autor, que vagaba en Madrid hacia veinte, como pájaro sin nido, suspirando por un hogar que pudiera llamar suyo, tiene ya hogar y familia, gracias á tí, Dios mío, que le has dado una dulce compañera con quien compartir sus alegrías y sus tristezas en esta larga jornada de la vida, que sigue con el cansancio en el cuerpo y la resignación en el alma.

¡Señor! al entrar en el seno de la familia, mis primeras palabras deben ser para bendecirla, y hé aquí que una bendición á la familia es el cuento que empiezo á contar á aquella de quien sentado bajo los nogales que sombrean la casa de mis padres, espero decir un día al pasajero, como el hijo de Teresa: — « ¡Hé ahí la santa madre de mis hijos! »

### II.

Entre los recuerdos que traje, amor mío, de mi valle natal y que por espacio de veinte años de trabajos y penas he conservado ungidos con el perfume de la inocencia con que salieron de aquellas queridas montañas, había muchos cuya custodia he confiado ya al *Libro de los cantares* y á los *Cuentos de color de rosa*; pero son tantos los que guardo aun en mi corazón, que con decir á este: — « ¡corazón mío, devuélveme el tesoro que te confié cuando por última vez volví desconsolado los ojos al hogar de mis padres! » tengo todo cuanto necesito para cautivar tu atención y conmover tu alma enamorada y buena.

¿Ves esos montes que se alzan al Setentrion, coronados casi siempre de nieve? Pues remontémoslos con el pensamiento mas alto, mas alto, mucho mas alto que esos montes, hasta que descubramos un rinconcito del mundo, que lleva el nombre de las Encartaciones, y en ese rinconcito descubramos otro infinitamente mas pequeño, que lleva el nombre de Cabilia.

Cabilia, que en el idioma vascongado signifi a nido, es propiamente un nido formado de ramas y flores, que cobija diez ó doce casas, blancas como la nieve, y una modesta iglesia del mismo color, dedicada al santo de mi nombre.

Un angosto valle corre por espacio de una legua entre dos cordilleras de elevadas montañas, y va á morir en el mar.

En la falda de las montañas de Oriente forman una especie de escalones dos colinas paralelas, separadas solo por una angosta cañada.

En el pórtico de la iglesia parroquial de Cabilia hay una escalerilla de piedra, cuyo primer escalon, compuesto de un solo sillar, se quebrantó ha muchos años con las lluvias que le reblandecían, quedando en medio de sus dos trozos una honda canal, por donde se precipita el agua cuando Dios levanta las compuertas del cielo.

Así se dividió, trabajado por las aguas, el escalon que en otro tiempo daba acceso á las cumbres del Oriente de Cabilia, y así se precipitan ahora las aguas por la profunda y ancha canal abierta entre los dos fragmentos del escalon.

El regato baja por entre las dos colinas, quejándose en alta voz de la escabrosidad del camino, y corriendo como la piedra solitaria en la cúspide del Pico-Cinto ó Colisa, persuadido de que el mal camino debe pasarse

(1) Este cuento es el último de la colección que con el título de *Cuentos de color de rosa* ha publicado el celebrado escritor don Antonio de Trueba.

pronto; pero al llegar al tobillo de las colinas, empiezan á disminuir sus murmuraciones y sus rabiosos esumarajos, que cuando llega al pié han cesado casi por completo.

Al pié de las colinas, el regato no murmura, que sonríe placenteramente porque allí encuentra nogales y cerezos á cuya sombra descansa de sus fatigas, labios frescos y sonrosados que le besan, y hermosos huertos perfumados con la flor de los frutales, á donde va á dar un paseo para distraerse y recibir las ovaciones de melocotoneros y manzanos que le arrojan á puñados sus flores.

La colina del Sur levanta el pié derecho, y la del Norte el izquierdo para proteger constantemente por ambos costados á la aldeita de Cabilia; y Cabilia, así protegida, vive contenta y tranquila y feliz, olvidada de los hombres, pero recordada de Dios, que es lo que á ella le importa.

Las diez ó doce casas de Cabilia están agrupadas sin orden en un espacio de cuatrocientos pasos, dominándolas la iglesia, donde los moradores de la aldea encuentran el día festivo sus mayores delicias.

La aldea tiene al Norte un regato, que corre bajo una enramada de avellanos y parras monchinas, y al Mediodía una fuente, que brota caudalosa y cristalina y fresca al pié de un corpulento castaño, cuya edad pasa de un siglo, pues Juancho, que tiene mas de ochenta años, dice que ya en su tiempo se escondían los mozos de la aldea en el hueco tronco de aquel mismo castaño para sorprender á sus novias mientras estas llenaban la herrada en la fuente, y plantarles un par de abrazos como un par de soles.

Para que acabes de conocer la aldea donde pasó lo que voy á contarte, solo me falta añadir que al Occidente de Cabilia, es decir, como quien baja al fondo del valle, donde están la iglesia matriz y el principal vecindario del concejo, hay un nacedal, y en el nacedal una ermita donde se celebra la romería de San Roque.

La casa de don Juan de Urrutia, por mal nombre Juan Palomo, el casero mas acomodado de Cabilia, está situada en el campo de la iglesia. Es un edificio antiquísimo: sobre su puerta campea un escudo de piedra areniza, y en una de sus esquinas se halla incrustado un cuadrante de la misma materia, que presta grandes servicios al vecindario, pues este, á no ser por él, nunca sabría en qué hora vive. Sobre la puerta, y por consiguiente sobre el escudo, hay un espacioso balcon de madera, y sobre el balcon se extiende el pomposo ramaje de dos parras tetones, que sirven de lo que allí se llama zaguán, haciendo repetidas eses, vicio que tiene un no sé qué de familia.

Al extremo opuesto del mismo campo de la iglesia, poblado todo el de nogales, cerezos y otros frutales, menos un corto espacio que sirve de era comun á la aldea, está la casa de Antonio de Molinar, formando singular contraste por su modestia con la del otro lado del campo. A la izquierda de la puerta tiene un horno, con su teja vana, que cobija un monton de leña, un carro y varias herramientas de labranza, entre ellas un arado, un rastro y un tragaz; y á la derecha hay un hermoso cerezo, cuyas ramas ocultan casi toda la fachada del edificio. El piso principal de este sirve de habitación á Antonio y su familia; el bajo, de cuadra, rocha y cubera, y el alto de payo. Detrás de la casa hay un huerto cercado de pared seca, orlado, por la parte interior de esta, de una hermosa andana, y lleno de lozanos frutales que los dueños cuidan con singular cariño, por mas que su sombra perjudique á las hortalizas.

Todo es reducido y pobre en casa de Antonio, así como todo es desahogado y rico en casa de don Juan. Don Juan vende cebera la mayor parte del año, y Antonio tiene que comprarla dos meses antes de la cosecha.

### III.

He dicho que Cabilia se halla en la falda de las montañas que se alzan al Oriente del valle, y me falta añadir que en la falda de las montañas opuestas, frente por frente de Cabilia, blanquea aun la casa donde pasó la niñez.

La mayor parte de los vecinos de Cabilia eran parientes nuestros. Todos los años, el día de san Antonio, mi madre que esté en gloria, se levantaba apenas oía el canto de los pajaritos en los frutales, cuyo ramaje daba en nuestras ventanas, y nos despertaba á mis hermanos y á mí.

Comunmente necesitaba llamarnos media docena de veces para que nos levantáramos; pero el día de san Antonio, apenas nos llamaba una, ya estábamos de pié.

Desde la ventana veíamos alzarse una blanca columna de humo de cada casa de Cabilia; y si escuchábamos con un poco de atención, oíamos el alegre son del tamboril y el no menos alegre de las campanas.

Aquel humo y aquel son nos sacaban de nuestras casillas, y á duras penas podía mi madre conseguir que nos estuviéramos quietos mientras nos lavaba y nos peinaba y nos engañaba con mil primores, porque la alegría que el tamboril y las campanas de Cabilia infundían en nuestro corazón, nos hacia saltar y brincar, por mas que mi madre nos dijese:

— Verás, verás qué cachete vas á llevar, si no te estás quedo.

Cuando, rodeando á nuestra cariñosa madre, llegábamos á Cabilia, encontrábamos la aldea vestida de gala... de gala el humilde, pero hermoso templo, de gala las casas y de gala los moradores.

Nuestros parientes se disputaban el placer de contar-nos entre sus convidadas, no por nuestros merecimientos, sino por la natural bondad de aquellas gentes, y aquel día era para nosotros uno de los mas dichosos del año, por mas que echásemos de menos á mi padre, que rara vez iba á las romerías, segun él decía, porque no le gustaban, y segun yo he comprendido mas tarde, porque necesitado quedar alguien al cuidado de la casa, suponía que no le gustaban para no privar á mi madre de ellas.

Los sábados eran dias tambien muy felices para nosotros, porque el sábado no había escuela, y aquel dia despertáramos con la esperanza de que nuestros padres nos dejaran ir á pasar el domingo en Cabilia.

Apenas nos levantábamos, mi madre nos veía cuchichear, y aunque no oyera de qué tratábamos, lo adivinaba, se sonreía y se hacia la disimulada. Nuestro cuchicheo era el siguiente:

— Chicos, vamos á decirle á madre si nos *deja*... (no había necesidad de añadir qué nos había de dejar).

— Sí, sí, vamos á decirselo.

— Diselo tú.

— Yo no me atrevo.

— Pues yo tampoco.

— Si se lo dices, te doy mi pelota.

— No quiero, que me va á reñir.

— Anda, collon.

— Mas collon eres tú.

El proyecto de decir á mi madre que nos dejase ir á Cabilia, quedaba abandonado; pero no abandonábamos la esperanza de pasar en Cabilia el domingo.

Durante todo el día, á cada triquitraque hacíamos sonar el nombre de Cabilia en el oído de mi madre.

— ¡Ay qué quemada tan grande hay en los argomales de Cabilia! ¿Si habrá llegado el fuego á la llosa de tío Ignacio?

— Mi madre se hacia la tonta.

— ¡Qué bonita estará la danza de espadas que mañana van á hacer en Cabilia al salir la procesion!

— Mi madre se hacia la sorda.

— Mañana hay bateo en Cabilia, y van á echar cuartos á la péscola.

— Mi madre decía: — ¡Al otro oído!

— Cuánta gente habrá mañana en Cabilia, que los provincianos juegan á la pelota una onza.

— Condenados á muerte, exclamaba al fin mi madre, ¡ya me teneis vuelta tarumba con Cabilia! Id allá, y á ver cómo no volveis.

— Tirábamos las gorras al alto, dando saltos de alegría, y echábamos á correr.

— Pero, enemigos malos, nos gritaba mi madre, ¡já dónde vais con esas camisas y esas caras, que pareceis carboneros! ¡Mire Vd. qué avios! Por mas que una se mata, cualquiera dirá que no teneis madre. ¡El Señor le dé á una paciencia con estas criaturas!

Y así diciendo, mi madre nos ponía como unos Gerineldos, y añadía despidiéndonos con un beso:

— ¡Andad con Dios, pícaros, que me habeis de quitar la vida! Ya os podeis despedir de Cabilia, que ha de llover antes que vosotros volvais allá.

Si llovía antes del inmediato domingo, se cumplía la predicción de mi madre; pero si no... mi madre se acreditaba de mala profetisa.

Un sábado del mes de agosto, llegamos á Cabilia á las cuatro de la tarde, á pesar de que el calor había sido tan grande aquel día, que vimos literalmente asadas las peras en los perales que dan sobre la estrada que conduce de la ermita de San Roque á la aldea.

Recuerdo muy bien todo esto, á pesar de que yo apenas contaba entonces diez años.

Habia trilla en la era de Cabilia.

Las yeguas, que habían terminado su tarea, despachaban una buena ración de alcacér, atadas á los troncos de los árboles inmediatos á la era, y los trilladores, que habían dormido la siesta, despues de comer, á la oscura sombra de los mismos árboles, empezaban á levantarse desperezándose, á la voz de don Juan de Urrutia, que gritaba desde el balcon de su casa:

— ¡Arriba, que ya es hora de sacar la trilla!

Seguendo la hermosa costumbre que hay en aquel país de ayudarse mutuamente los vecinos en las faenas que requirieren muchos brazos, todos los vecinos de Cabilia, así mujeres como hombres, así ancianos como jóvenes, fueron apareciendo en la era provistos de horquillas, de rastrillos, de sábanos y de brezas para ayudar á recoger la trilla.

Todo el mundo puso manos á la obra, los hombres separando la paja con las horquillas y allegando el trigo al centro de la era con los rastrillos, las muchachas conduciendo la paja en los sábanos al payo de don Juan, y las mujeres mayores barriendo con las brezas el trigo que dejaban rezagado los rastrillos.

Tambien los chicos trabajábamos... dando la vuelta del gato sobre la paja, por mas que don Juan, que presenciaba la tarea, nos gritase de cuando en cuando echando mano al látigo de arrear las yeguas:

— ¡Quitaos de ahí, hijos de una cabra!

La conversacion era animada en la era; pero la animación subió de punto cuando empezó á notarse un delicioso aroma de magras fritas, que venia de hácia casa de don Juan, y este, respondiéndole á las interpelaciones indirectas que se le hacían, anunció que á la venida de aquel aroma iba á suceder la venida de un perrillo de tocino, destrozado y frito en toda regla, y cuatro cántaras del mejor chacolí de su cubera.

Feliciana, una de las muchachas mas hermosas de la aldea, se colocó en la cabeza un sábano de paja, ayudada por Antonio de Molinar y Benito, el criado de don

Juan; pero el sábano pesaba tanto, que la pobre muchacha tuvo que ar ojarle á los pocos pasos.

— ¡Así te hubieras reventado! le dijo Antonio morado de cólera.

— ¡Ave María, qué lengua! exclamaron las mujeres.

— Le estaria bien empleado, ya que se empuña en cargar como una mula, replicó Antonio, echando fuego por los ojos.

— Mas vas á cargar tú dentro de poco, dijo don Juan.

— ¿Yo?

— Sí. ¡Qué! ¿no pesa el matrimonio mas que un sábano de paja?

— Si el matrimonio es como Dios manda, no señor, respondió Antonio, ya casi apaiguado.

Feliciana se sonrió y miró á Antonio con una especie de gratitud.

— ¿Con que se van á casar pronto Antonio y Felicia? preguntó una de las vecinas.

— Mañana se lee la primera amonestacion, respondió el señor cura desde el pórtico de la iglesia, donde acababa de aparecer.

Feliciana bajó los ojos sonrosada.

— ¡Mal gusto tienen, señor cura! dijo don Juan.

— ¡Mire Vd. qué consejos!... exclamaron ó pensaron todas las mujeres. Calle Vd., por los clavos de Cristo, y ya que no se casa Vd., no le quite la voluntad á los demás.

— Quiero quitársela, porque así les hago un gran bien.

— No soy de la opinion de Vd., señor don Juan, replicó el cura. Usted puede permanecer célibe todo el tiempo que guste; pero ofende Vd. á Dios y á la sociedad abogando por el celibato.

— Ahí está Juancho que puede sentenciar este pleito, dijo don Juan, señalando á un anciano, que fatigado ya con lo poco que habia trabajado encendia la pipa sentado á la orilla de la era. Tres mujeres ha tenido, y con las tres ha vivido como el perro con el gato.

— Verdad es, respondió Juancho. Las tres me salieron de malas pulgas, y como yo nunca las he tenido tampoco buenas... ¡siempre ha habido en mi casa cada tremolina!...

— Pues ahí verá Vd., dijo el cura, cómo se achaca al matrimonio lo que solo es efecto del mal carácter, de la mala índole ó del poco talento de los que le contraen.

— Del talento de Antonio no formo muy buena idea.

— ¿Y por qué?

— Porque Antonio se amonesta mañana.

— ¡Calle Vd., por Dios, que da coraje el oírle á Vd.! exclamaron las mujeres, y don Juan continuó:

— En cuanto al genio de Antonio... por la muestra se conoce el paño.

— Sí, dijo una de las vecinas, Antonio tiene un genio como la pólvora; pero Felicia es una malva bendita, y apuesto á que antes de un año pone á su marido mas suave que el cordobán.

— Tiene razon Manuela, dijo el cura. La mujer apacible y prudente y buena, consigue fácilmente imprimir su carácter al marido irascible, pendenciero y malo.

— Pues, señores, dijo Antonio, que se habia abstenido de tomar parte en aquella especie de discusion: Vds. dirán lo que quieran del matrimonio; pero yo, aunque soy un pobre Juan Lanás, tambien he echado mis cuentas, y he sacado en limpio que el matrimonio siendo como Dios manda, es una gran cosa. Uno camina por esta pícara vida con el alma y el cuerpo cargados, y necesita una persona que por cariño y obligacion le ayude á llevar la carga, so pena de caer en el camino, ó hacer la jornada á trompicones. Dios ha dispuesto que el hombre busque por compañera á la mujer, y la mujer por compañero al hombre, y Dios ha sido mas sabio que Salomón, ¿canario! porque él ha dicho para sí: con ese ganchillo que la mujer tiene para el hombre, y ese otro que el hombre tiene para la mujer, se unirán, que ni una pareja de bueyes pueda separarlos, y así tirarán adelante, llevando la carga á medias.

— Calla, hombre, calla, y no digas disparates, dijo don Juan.

— Usted si que los dice, y no él, replicó Manuela haciéndose eco de lo que pensaban todos los circunstantes, y particularmente las mujeres.

— Manuea tiene tanta razon como Antonio, asintió el cura. El matrimonio y la familia, que es su consecuencia, son necesarios así al individuo como á la sociedad.

— Pues yo, señor cura, sigo en mis trece...

— ¡Señor, qué terquedad de hombre! exclamaron las mujeres por el órgano de Manuela. Pero, santo varón, ¿querrá Vd. saber mas que el señor cura?...

— El señor cura me dispensará; pero lo que yo sé es que á pesar de que soy tan individuo como el primero, no experimento esa necesidad que el señor cura y todos Vds. con él proclaman. Temiendo, como tengo, dinero, tengo criados que me ayuden á llevar esa carga que Vds. dicen, y me importan un pito la compañera, y la familia, y todas esas cosas que tan necesarias juzgan Vds.

— Ya se arrepentirá Vd....

— ¡Já! ¡Já! ¿Arrepentirme?...

— Tan cierto como Vd. se llama don Juan de Urrutia.

— Yo no me llamo así, que me llamo Juan Palomó.

— Solo me lo guiso y solo me lo como.

— Justo y cabal.

Una mujer, seca como un espárrago, se asomó al balcón de casa de don Juan.

— ¡Benito! dijo, ven por la merienda, que ya está dispuesta.

Benito echó á correr por la merienda, y todos menos el señor cura, que no quiso esperar á participar de ella, formaron corro en el campo, llenos de alborozo, disponiéndose á desalojar el tamo que les mortificaba la garganta.

Momentos despues llegaron, Benito conduciendo una herrada de chacolí, y la mujer seca, que era ni mas ni menos Ambrosia, el ama de gobierno de don Juan, trayendo una gran cesta con el resto de la merienda.

Esta fué alegre como una Pascua florida.

El chacolí dió lugar á varios excesos: á que se llamase repetidas veces Juan Palomó á don Juan de Urrutia, y á que Juancho recordase que Ambrosia, á pesar de ser una santa, no habia encontrado un desdichado que cargase con sus pedazos: lo que le valió de Ambrosia un — ¡Usted es tambien de los del día!

(Se continuará.)

Boletín científico

Y DE CONOCIMIENTOS DIVERSOS.

EL AIRE ATMOSFÉRICO: — Una de las cosas que mas trabajo le cuestan á la imaginacion, es comprender que el aire atmosférico es un cuerpo, y que este cuerpo, como tal, nos presenta las mismas propiedades generales que el agua, que las maderas, etc. Podemos movernos con libertad y desembarazo, y se nos figura que no presenta resistencia de ninguna especie: sin embargo, esta resistencia la notamos cuando hace viento; cuando, aunque no le haga, queremos correr con un paraguas abierto; cuando introducimos un vaso boca abajo en una vasija llena de agua y vemos que esta no entra en el vaso porque se lo impide el aire atmosférico que está dentro. Pero si á pesar de todo esto nos quedase aun alguna duda sobre si el air era cuerpo, la veriamos desvanecida en el momento en que sabemos que auxiliados por las máquinas de que se dispone en los gabinetes de fisica y química, el aire se pesa en una balanza como pesamos la carne ó el pan. Ayudados de estos aparatos y del cálculo hemos podido apreciar que un hombre de mediana talla sostiene continuamente un peso de 33 quintales castellanos, sin que esto le moleste lo mas mínimo, del mismo modo que el pez que está en el fondo del mar no pierde nada de su agilidad por el peso del agua que tiene sobre sí.

Nada mas difícil de comprender, decimos, y sin embargo, nada mas cierto; la tierra, que como sabemos es casi redonda, se halla rodeada por todas partes de una capa de aire de 13 1/2 leguas de espesor próximamente, y en ella es donde se verifican todos los fenómenos vitales, tanto animales como vegetales.

El aire habia sido considerado antiguamente como uno de los cuatro elementos. A mediados del-siglo XVII empezaron algunos químicos, y entre ellos Brun, farmacéutico de Berge-rac, á observar que cuando el estaño se calentaba al aire, se cubria de un polvo amarillo y aumentaba de peso; Brun no dió ninguna explicacion de este fenómeno. Posteriormente Juan Rey, médico, lo hizo suponiendo que el aire se disolvia en el plomo, de la misma manera que cuando se echa agua en la tierra la absorbe. Lavoisier fué el que demostró que cuando se calentaba el plomo en el aire, el metal se apoderaba de un principio gaseoso contenido en él, dejando otro principio tambien gaseoso en libertad. Desde esta época ya nadie ha dudado que « el aire es una mezcla de dos gases, oxígeno y azoe, » en las proporciones siguientes:

	Peso.
Oxígeno.....	21,8
Azoe.....	79,0
	100,8

Mezclando este cuerpo en las proporciones indicadas, tenemos ya aire, que puede servir para todos los usos y necesidades de la vida animal y vegetal; pero efecto de estos mismos fenómenos, el aire contiene además, si bien en proporciones mínimas, hidrógeno sulfurado, amoniaco, carburo de hidrógeno, agua, ácido carbónico, yodo, y en tiempos tempestuosos, ácido nítrico y nitrato de amoniaco: además de estos cuerpos y algunos otros, cuya existencia no está aun bien demostrada, como por ejemplo el óxido de carbono, se ha hecho constar en estos últimos tiempos la existencia de algunos corpúsculos de naturaleza orgánica, que condensándose con el vapor de agua sobre los cuerpos frios, se descomponen rápidamente á la temperatura ordinaria, exhalando un olor fétido.

Una de las leyes que encontramos en la naturaleza es, que « cuando dos cuerpos se mezclan para formar un tercero, este » goza de todas ó de la mayor parte de las propiedades de los » cuerpos componentes, » el aire es una mezcla (no una combinacion) de oxígeno y azoe; por consiguiente, sus propiedades dependerán de las de estos dos gases.

El aire, cuando está puro, es insípido, inodoro é incoloro; pues aun cuando en grandes masas presenta un color azulado, esto es debido á la refraccion de la luz.

De los fenómenos que pasan en el aire, los que mas llaman la atencion son la combustion de los cuerpos, la respiracion de los animales y la de las plantas.

Vemos que el carbon arde y desaparece, dejándonos tan solo las cenizas; vemos que una vela se consume sin dejarnos residuo alguno: ¿es que la materia de que estaban formados estos cuerpos ha desaparecido para siempre del globo? ¿Es que ha dejado de existir? No. Pues á los profundos estudios del gran Lavoisier debemos poder contar entre las leyes que rigen ese admirable conjunto que llamamos naturaleza, la de que « nada se pierde ni nada se crea en el universo: la misma » cantidad de materia que el Criador creó en el principio, esa » misma existe: lo único que hace, es cambiar de estado.»

Pues si esa materia que estaba constituyendo el carbon, la vela, etc., no ha desaparecido, no ha dejado de existir, vamos á procurar darnos cuenta de lo que ha sido de ella.

Quando quemamos un carbon, observamos que se producen dos clases de cuerpos; los unos gaseosos que vulgarmente se conocen con el nombre de humo, y los otros sólidos, que no son otra cosa mas que sales (las cenizas); pues si hemos pesado el carbon antes de quemarle y pesamos ahora las cenizas y el humo, veremos que el peso de las cenizas, mas el del humo, es mayor que el del carbon.

Todo el mundo sabe que cuando arde una vela, desprende humo ó gases hasta que se consume; pues si hemos pesado la vela antes de empezar á arder, y si despues de consumida pesamos los gases que ha desprendido, y que hemos cuidado de recoger, hallaremos que el peso de los gases es mayor que el de la vela.

Otros muchos casos pudiéramos citar, pero los enunciados hasta aquí bastan para hacernos comprender que siempre que se quema un cuerpo en el aire, aumenta de peso. ¿A qué es debido este aumento de peso? Es debido á que una parte del aire, el oxígeno, se combina con el carbon que contiene el carbon, las velas, etc., para formar un compuesto, que se llama ácido carbónico; así que si nosotros hubiésemos pesado el aire que hemos puesto en contacto del carbon ó de la vela antes de empezar la combustion y le pesamos despues, veremos que ha disminuido de peso, y justamente esta disminucion es igual al aumento que hemos notado que han sufrido los productos que hemos recogido de la combustion de aquellos cuerpos.

En resumen, vemos que en toda combustion el cuerpo combustible desaparece, apoderándose del oxígeno del aire: unas veces en esta combustion hay desprendimiento de calor y de luz; otras no. Por ejemplo, si tomásemos una barra de hierro bien limpia, la pesamos y la dejamos abandonada en un aire húmedo, veremos que al cabo de un cierto tiempo la barra va tomando un color amarillento, se va enmohecendo, como se dice vulgarmente; si cuando ya este enmohecida, la pesamos, veremos que ha aumentado; en efecto, ese cuerpo amarillo es el óxido de hierro, es la combinacion del hierro con e oxígeno del aire. Una combustion análoga se verifica, por ejemplo, en la agricultura en muchas clases de terrenos.

FABRICACION DEL ALUMINIO Y DE SUS ALEACIONES, POR M. J. N. JOHNSON: — Se ha propuesto tratar los sulfuros de los metales cuyo uso está aun poco extendido, por ejemplo el aluminio, por métodos económicos en los cuales se suprime el uso de reactivos dispendiosos empleados hasta ahora, tales como el cloro y el sodio, y por consiguiente hacer mas sencilla y mas barata la produccion de estos metales.

El procedimiento consiste en dos métodos: El primero de estos tiene por objeto obtener el aluminio del sulfuro de este metal, calentando este sulfuro con sulfato anhídrido de alumina ó con alumina anhídrida en una atmósfera no oxidante. La segunda permite obtener el aluminio con el sulfuro de este metal, haciendo pasar á través de una corriente de hidrógeno puro, mientras que este sulfuro es llevado al calor rojo fuera del contacto del aire.

Para operar por el primer método se toma sulfuro de aluminio que se prepara por uno de los métodos conocidos, por ejemplo, haciendo pasar vapor de sulfuro de carbono sobre alumina calentada al rojo en un aparato conveniente. Este sulfuro se deposita en un horno de forma y dimension apropiadas con una proporción de sulfato de alumina tal, que el oxígeno desprendido cuando se aplica el calor, pueda, por su union con el azufre de los ingredientes, formar ácido sulfuroso (todos los químicos ó metalúrgicos pueden calcular muy bien esta proporción). Esta mezcla es llevada á una alta temperatura en una atmósfera no oxidante, mediante á que todo el azufre y el oxígeno contenidos en los ingredientes desaparece bajo la forma de ácido sulfuroso, y el aluminio queda al estado de metal.

En vez de sulfato de alumina se puede emplear la anhídrida, teniendo cuidado de establecer la proporción de esta alumina relativamente al sulfuro, de manera que el oxígeno de la primera se combine con el azufre del segundo y lo lleven al estado de ácido sulfuroso.

Es preciso que el operador vigile la marcha del trabajo porque los ingredientes necesitan revolverse con cuidado.

Desde que se ha obtenido el aluminio, se trata de la misma manera que la practicada para pudlar el hierro, y entonces se puede laminarlo ó someterlo al martillo.

Al final de esta operacion se puede introducir el metal con el cual se desea hacer una aleacion mas fusible que el metal puro, y si se considera oportuno añadir pequeñas cantidades de potasio ó de sodio para obtener un aluminio de comercio. En caso de aleacion se puede recomendar la introduccion de un óxido metálico en el horno al fin de la operacion para consumir el carbon que podria estar en combinacion con el aluminio. El oxígeno del óxido forma con el carbono carburo del óxido de carbono, y los dos metales se combinan en una aleacion.

En el segundo método se sirve, como se ha dicho anteriormente, de sulfuro de aluminio producido por los medios conocidos, y se le deposita en un crisol que se somete al calor rojo fuera del contacto del aire, haciéndolo atravesar por una corriente de hidrógeno seco. De este modo el azufre del sulfuro es llevado bajo la forma de hidrógeno sulfurado, y en el caso en que concorra otro sulfuro metálico se obtiene una aleacion de los dos metales.

Si el sulfuro combinado es simplemente reducido por el hidrógeno á un grado menor de sulfuracion, el aluminio puede ser separado del protosulfuro por un trabajo particular de fusion.

Se puede producir económicamente el hidrógeno necesario para esta operacion haciendo pasar vapor de agua sobre coque ó carbon de madera incandescentes.

Como los sulfuros de los demás metales poco conocidos tienen propiedades análogas á las del aluminio, se los puede tratar por uno ú otro de los métodos arriba descritos.

—NUEVAS PROPIEDADES DE LA MANZANILLA :— La manzanilla (*arthemis nobilis*) está descrita en todos los tratados de materia médica como emoliente, digestiva, tónica, etc., pero ninguno de ellos indica su mas preciosa virtud, lo cual acaba de hacer M. Ozanam por medio de una memoria que presentó á la Academia de ciencias en la última sesion celebrada bajo la presidencia de M. Cloquet.

Esta virtud consiste en prevenir la supuracion cuando la parte enferma no se encuentra demasiado adelantada, y en extinguirla gradualmente cuando ha existido durante mucho tiempo. Para este objeto se administran grandes dosis de 5, 10 y hasta 30 gramos de su flor, en un litro de agua, cuya infusion debe beberse en el decurso del dia, continuando lo mismo hasta haberse efectuado la curacion.

Al propio tiempo deben aplicarse sobre la parte enferma trapos mojados en la infusion, aunque esto no es absolutamente necesario, pues si bien ayuda á la curacion, esta se logra con solo tomar la infusion interiormente.

En apoyo de su asercion, M. Ozanam cita el caso de un hombre de treinta y tres años que padecia erisipelas de carácter flemoso en la cara y la cabeza con cinco enormes tumores; la piel se encontraba separada del cráneo por una gran cantidad de materia, y habiasele formado un sexto tumor al extremo de la mandíbula inferior. El enfermo padecia una calentura violenta, acompañada de un incesante delirio. Al vigésimo octavo dia administrósele la manzanilla en dosis de 30 gramos diarios. Durante los primeros dias aumentó la supuracion; en seguida redujéronse las dosis á 15 gramos, y la supuracion disminuyó rápidamente; veinte dias despues del principio del tratamiento paciente salió de casa nteramente bueno.

M. Ozanam menciona otros tres casos, todos peores que el primero; en uno evitóse la amputacion del muslo empleando la manzanilla á dosis de 30 gramos al dia. La curacion duró seis semanas. En otro abrióse, por medio de incision, un absceso del tamaño de la cabeza de un niño, que se curó despues empleando el tratamiento de la manzanilla como antes; la curacion duró tres semanas. El último caso presenta una tal complicacion d enfermedades, la menor de las cuales parece haber sido una calentura tifoidea, cuya descripcion omitimos por no disgustar á nuestros lectores. Esta vez administrósele la manzanilla á dosis de 5 gramos diarios en atencion al estado de debilidad del enfermo, y esta curacion se logró en veinte y cinco dias.

Cuando, como en el primer caso, el remedio produce una agravacion aparente, es señal de que la dosis es demasiado crecida, y hay que reducirla.

—LA CRIMINALIDAD EN LA GRAN BRETAÑA :—Las clases criminales que viven en libertad en Inglaterra solamente y el pais de Gales, con exclusion de Irlanda y Escocia, se componen de 134,922 individuos. Estos viven del robo y á espensas de los vicios del público. Cada uno gasta por término medio 2,500 reales al año, y cuesta al Tesoro una cantidad doble. Esta cantidad asciende á unos 774 millones de reales, la cual, unida á los gastos de los presos en las cárceles y establecimientos penales, hace ascender el costo anual de las clases criminales á 4,000 millones de reales. La policia de Inglaterra

y Gales se compone de 60,256 individuos, y cuesta al año algo mas de 144 millones de reales. Hay además 138 individuos de policia secreta, destinada exclusivamente á descubrir crímenes ordinarios. En setiembre del año anterior, las clases criminales constaban de 160,346 individuos, de los cuales estaban en libertad los 134,922 arriba citados. De estos, 101,637 eran hombres y 58,689 mujeres. Los jóvenes de ambos sexos constituyen una proporcion formidable de estas sumas, á saber: 18,807, ó sea el 13,9 por 100. Hay 3,422 casas para la recepcion del producto de los robos, y 2,402 taber-

—ACCIDENTES EN LOS CAMINOS DE HIERRO DE LOS ESTADOS UNIDOS :— En 1858 ha habido en los Estados Unidos 82 accidentes de caminos de hierro, que han producido la muerte de 119 personas, y heridas graves de 417. Comparado este resultado con el de 1857, el número de accidentes indica una disminucion de cerca de 40 por 100, y el número de personas muertas ó heridas es mucho menor. Si se extiende la comparacion á los cinco años anteriores, los resultados dan una disminucion todavia mas considerable. En lo concerniente á accidentes de buques de vapor, la mejora no ofrece un carácter tan marcado. Sin embargo, hay sobre 1857 una disminucion de 41 por 100 próximamente en el número de accidentes, y de 4 1/4 por 100 en el de las consecuencias fatales que han tenido.

### Puente del Ued-Merdja

EN LAS GARGANTAS DEL CHIFFA.

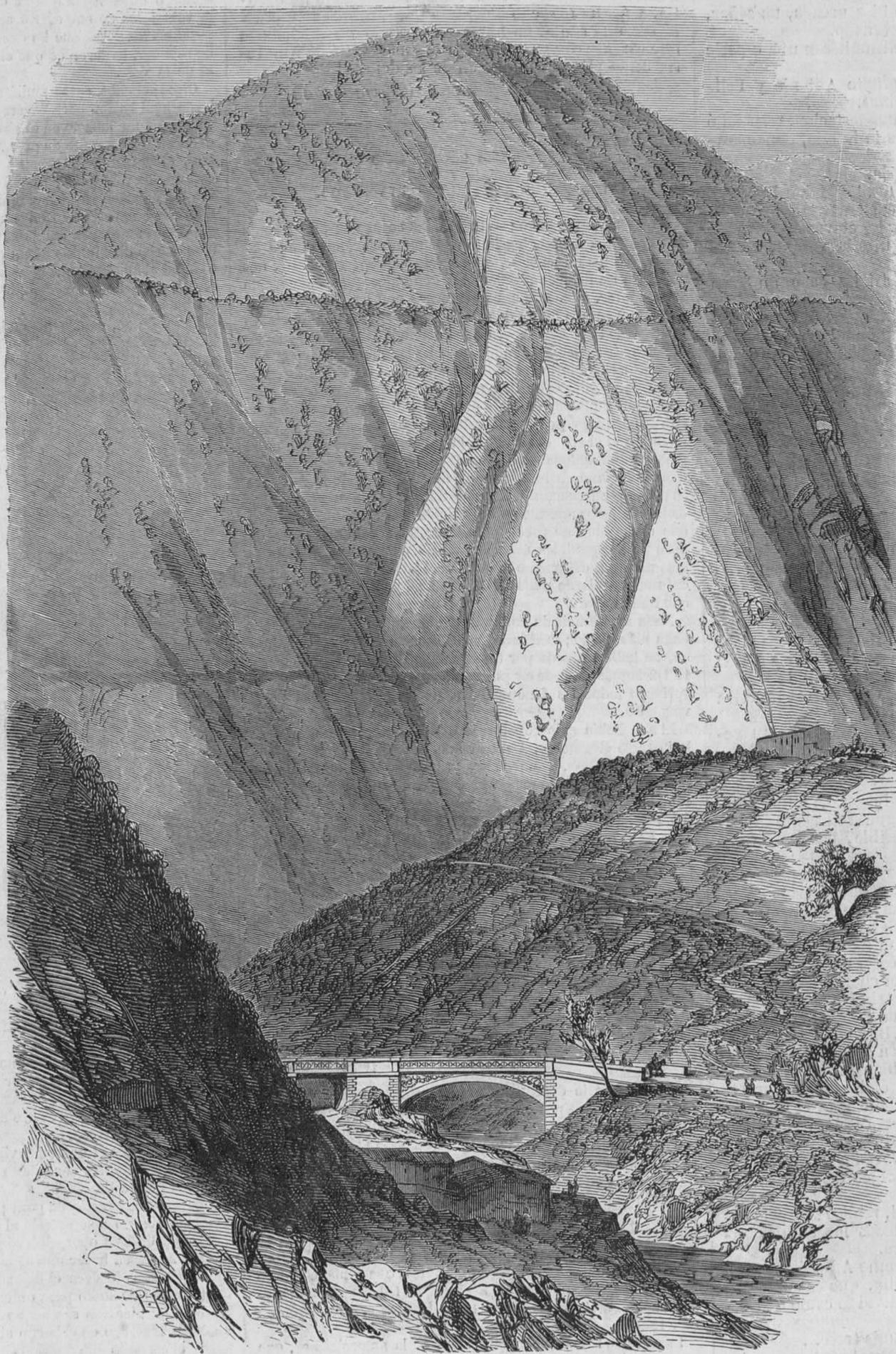
Mas de una vez hemos publicado ya dibujos de las gargantas del Chiffa en Argelia, con los cuales hemos dado á conocer ese camino extraordinario. Abierto en 1843 por el comandante Boutilloux hoy general de division, ese asombroso camino es un trabajo colosal que atestigua la actividad y la perseverancia del ejército francés. En los flancos pedregosos de la via están grabados los nombres de los regimientos y de las compañías que desde entonces continuaron esa obra gigantesca.

El puente del Ued-Merdja se debe tambien á los esfuerzos de la tropa. Está sobre el Chiffa, en la confluencia de este torrente y de un riachuelo el Ued-Merdja, de donde proviene su nombre. Sobre el cáuce del rio y á una distancia de 200 metros del puente, se disfruta mirando al puente de una vista magnífica. Su arco se destaca sobre un fondo verde y rojo por encima de los enormes peñones arrastrados por el Chiffa. En los últimos términos un contrafuerte del Pequeño Atlas se redondea majestuosamente en forma de cúpula y deja escapar una infinidad de filetes de agua espumosa que de trecho en trecho se oculta, para saltar mas lejos y concluir por formar cascadas.

En lo alto de la montaña aparece de un modo indeciso el trazado del camino de mulas por donde pasó la primera expedicion; á la derecha y en otro cerro se distingue el establecimiento de las minas del Ued-Merdja.

El puente muy elegante tiene su intrados (concavidad interior de la bóveda) en arco de círculo y mide unos 24 metros. Los proyectos se hicieron bajo la direccion del general Frossard, entonces comandante en jefe de los ingenieros del ejército de Africa. Ese arco cuyo atrevimiento sorprende, presenta un hermoso punto de vista en medio de esos lugares salvajes.

La ejecucion confiada á M. Hennebert, capitán de ingenieros, tropezó con obstáculos de toda clase, hijos de la situacion y de la naturaleza del terreno. Una avenida del torrente estuvo para llevarse una vez todo lo que habia hecho; se carecia de instrumentos, y casi todo habia que hacerlo á fuerza de brazo. D.



EL PUENTE DEL UED-MERDJA SOBRE EL CHIFFA, CAMINO IMPERIAL DE ARGEL A LAGHUAT.

nas donde se reunen los ladrones y prostitutas, además de otras casas de la misma especie que constituyen un total de 7,096. De casas de prostitucion hay 7,915, y 6,987 en que se alojan vagos. El número de crímenes cometidos en el año que terminó en setiembre anterior, fué 57,868. En el mismo periodo fueron aprehendidas 30,458 personas. Los acusados de borrachera fueron 85,472, de los cuales fueron castigados 51,861. El número de mujeres públicas ascendia á 28,760. En el año fueron sentenciadas 13,246 personas; de estas, 53 á la pena capital, de las cuales 16 por asesinato. Las ejecuciones fueron 11, todas por asesinato y todos hombres, entre ellos cuatro extranjeros. En los tres últimos años han sufrido la pena capital 8 extranjeros, en un total de 41 ajusticiados.